

Claro, llego a Verdún, y yo no me fiaba de nadie. Ni de mi madre, ni menos de su marido, y de mis hermanos tampoco... ¡como eran pequeños! Lo mismo se comían la hierba, se la comían y se morían. Entonces, en lo alto de Verdún hay un castillo. Encima de mi casa, en la montaña hay un castillo pero... no es castillo, había sido castillo antes, pero allí en Verdún le llaman el castillo. Bueno, pues subí al castillo, antes de ir a mi casa. Subí al castillo, para arriba, y los dos paquetes de rama que llevaba, los dos kilos y pico, pues cogí un poco, para llevarlo en el bolsillo y ya, el otro, lo escondí allí en un sitio para que si llovía no se mojara. Lo guardé allí, y allí lo tuve escondido. Bueno, resulta que mi madre tiene una enfermedad: que no huele, no tiene olfato. Claro, yo en mi casa, me sentaba en el comedor, después de comer, viendo la tele, sacaba mi petaca, sacaba mi librito de papel de fumar, me liaba un porro, y delante la madre me lo fumaba. Mi madre, como no huele, pues se pensaba que era un tabaco normal. Pero de vez en cuando el canuto tenía algún cañamón y explotaba, ¿no? Y mi madre decía: «¡Joer, qué cigarros te fumas!...» Y yo: «Sí, es tabaco de Africa, mamá.» Vale, mi madre tranquila. Digo: «Es que trae muchos palos y tal. Tabaco de Africa...» Y le enseñaba la petaca y todo: «¿Ves todos estos palos que tiene?» Vale. Pero una noche el marido de mi madre llegó antes de lo normal y yo hacía, nada, menos de diez minutos, que me había fumado un petardo, y estaba todo el comedor... ¡no veas cómo estaba! Un comedor pequeño,

claro, de una casa pequeña; un piso pequeño, que se perfumaba rápido, aquello. Y entra y a mi madre le dice: «¡Joer, qué peste hace aquí!» Y mi madre pega un brinco y dice: «En mi casa no hace peste, que yo la limpio...» El dice: «Aquí hace peste.» Y ya mi madre mosqueá: «Pero, ¿cómo va a hacer peste si yo no paro de limpiar en todo el día, que si patatín, que si patatán...?» El dice: «No, no, no... aquí hace olor a grifa.» Claro, el tío lo sabía, porque como había servido en regulares... pero no fuma, ¿no?, pero lo sabía, conocía el olor. Y dice mi madre: «Bueno, pero eso, ¿qué es?» Dice: «Eso es el tabaco que fuman los moros, que los vuelve locos.» Entonces mi madre me mira y dice: «A ver, ¡tú, dame la petaca!» Saco la petaca y digo: «¿Qué pasa?» Dice: «Mira, este es el tabaco que fuma éste. De los moros, dice que es.» Dice: «Pues esto es; esto es lo que hace tanta peste.» Bueno, ya por ahí fue por donde empezó...

Bueno, el primer día cuando me senté a comer, yo me senté en la mesa arremangado hasta aquí, con todos los tatuajes al aire y mi madre me dice: «¡Pues no es marrano el tío ése! ¡Pero mira cómo vas! Anda, ve y lávate esos brazos...» Bueno, me voy, me lavo los brazos, me los enjabono, pun, pun, agua, y vuelvo otra vez. Y me voy a sentar y me dice: «Pero, ¿no te he dicho que te laves los brazos?» Y digo: «Pero si ya me los he lavado, mamá.» Dice: «¿Y todas esas cosas? ¡Quítate todos esos muñecajos!» Digo: «No salen, mamá.» «¿Cómo que no salen?» Digo: «¡Que no!» Dice: «¿Qué no salen? ¡Ven p'acá!» Y me lleva a la pica de la cocina, y me coloca un estropajo de aluminio y el jabón ese de lavar las grasas, y empieza a darle al brazo... Al cabo de un momento le digo: «Mamá, que me haces daño...» Dice: «Que eso lo saco yo...» Digo: «¡Que me haces daño!» Hasta que me mosqueé, solté la mano y dije: «¿Qué passa, no?» Me lavé con agua el jabón y dije: «Mira mamá, que esto no sale. Para sacarlo, tienes que sacar la piel.» Dice: «Pues en mi mesa no te sientas tú así; ¡ponte una camisa de manga

larga!» Pues vale. Yo eso fue una onda muy... chungu, porque yo venía de la Legión ya bastante quemao, ¿comprendes? Y ya había estao en la cárcel, en la Legión, había estao preso mucho tiempo y, ya venía más quemao... yo lo que quería era paz y tranquilidad. Yo esperaba que en mi casa me iban a recibir con las manos abiertas, y tranquilos. Pero yo namás que llegué ya vi un antagonismo muy «borrajero». Mis dos hermanos, que me tenían miedo y no me conocían, ¡joder! Bueno, total, que un día ya el marido de mi madre me quiso levantar la mano y todo. Les pegaba a los niños... claro, eran hijos suyos, a mí plim, ¿no? Eran mis hermanos, sí, pero eran hijos suyos. Yo no me podía poner a dar la cara a un tío cuando puede decir: «Son mis hijos y hago lo que me da la gana con ellos...» Claro, pero un día se pasó: me levantó la mano. Y yo tenía un mosqueo... ¡fue un rayo en el cerebro! Ver una mano levantada... ¡fuera de la Legión!, que yo namás que admitía las manos levantadas en la Legión, y muchas veces en la Legión tampoco las he admitido... ¿comprendes? Así que me levantó la mano, cojo el cuchillo de cortar el pan de encima de la mesa, y me quedo así, mirándolo, y le digo: «¡Si me tocas, te mato!» Pero, así mismo. No hubo nada más. El tío se quedó muy cortao, ¿no? Se sentó y empezó a refunfuñar un rato pero, ya, se acabó.

Yo trabajaba entonces como un león; claro, ya te digo, venía del tercio hecho un mulo, y aquí era la época de prestamistas, y hostias, y te ibas a la plaza Urquinaona que era donde se juntaba la gente para el trabajo, y cuando llegaba un prestamista y te veía, decía: «¡Ful!, éste... tú, ven p'acá, que tengo un trabajo; ¿quieres trabajar?» «Pues, sí claro.» «Pues, venga, vente.» Estuve una temporada en un martillo compresor. Sí, porque se había quemado la Papelera de aquí, de Barcelona, del Llobregat. Se había quemao una nave de la papelera. Y claro, entonces había que vaciarla toda, derribar todo lo que se había quemao, y hacerlo nuevo. Eso fue un rollo,

ahí me gané cantidad de dinero. Sí, pero no trabajando. Resulta que a mí me mandan allí, y luego, vale. La Papelera tenía unas máquinas muy grandes, y bastante pesadas, y tienen un cimientito como de 3 metros ó 4, y yo qué sé... Y allí, todo es a base de martillo. Te tirabas las diez horas —porque eran las ocho horas más dos de extraordinarias, porque así juntabas más...— bueno, pues diez horas con el martillo, pin, pan, pin, pan, rompiendo hormigón de aquél. Y el encargao nos había dao tarjeta de la empresa, con su nombre —el nombre del encargao, ¿no?— que decía que todo lo que sacáramos del derribo ése, de cobre, de plomo, y metal, y eso, que todo lo que sacáramos, con esa tarjeta en cualquier trapería nos lo podían comprar. Porque entonces había muchos trapicheos de cobres y plomos... Y, lo llevabas, y el tío te lo compraba. Pero cuando nosotros ya llevábamos las tres cuartas partes de la nave limpias, entonces venían los otros montando, haciendo ya la nueva que iban a hacer. Nosotros estábamos todavía trabajando cuando éstos ya empezaban a hacer. Claro, al empezar a hacer, todo eran máquinas nuevas, alemanas, y todo moderno. Los cables de la corriente no eran como los que nosotros sacábamos. Eran tubos así de gordos, que venían en unos rodillos muy grandes de madera; tubos por fuera de plástico, y que van por dentro cinco cables así, como el dedo, de cobre. Y yo lo oí y dije: «¡Joder! Todo el día ahí picando y luego me llevo a lo mejor medio kilo, un kilillo el día de mucha suerte, y con toda esa cantidad ahí...» Yo estaba trabajando y estaba pensando en aquello. Y a la hora de comer, como yo me llevaba la comida de mi casa, con la bolsa y con la fiambarrera esa, pues el uno se iba al bar, el otro se iba al otro lao; la gente se iba fuera del trabajo. Y yo me quedaba a comer en la barraca, claro. Me comía la comida, pun, pun, me cogía la sierra, de cortar hierro —de esas que son así, finitas, con dos bujeros— y me iba pa los carretes de tubo. Le cortaba un pedazo de un metro —es que a más me llevaba un metro pa medirlo,

a metros— y ras, ras, ras, cuatro serradas, y el cobre se te sierra muy rápido: un metro, pin, pan, otro metro... y le cogía... tres metros, tres o cuatro. Entonces me iba pa la barraca. Cada metro que cogía lo iba partiendo en pedazos así, que me salían cuatro o cinco pedazos, ¿no? Y lo metía en la bolsa de la fiambarrera —los pedazos ya me cabían bien—, y cuando ya tenía la bolsa llena le metía la fiambarrera encima, que apenas se podía meter. Y cuando salía, como estábamos al lado del Llobregat, me iba debajo del puente, hacía una hoguera y vaciaba la bolsa allí. Se quemaba el plástico, y quedaba ya el cobre quemao. Entonces, ya abultaba menos y era más manejable. Y me lo metía en la bolsa, y entonces llegaba a un tipo traperero, y me llevaba todos los días 1.300, 1.500, 1.700 pesetas, de cobre. ¡Y de jornal ganaba 700 pesetas, al día! Pero ara resulta que se acaba, ¿no? Estuvimos cuatro meses así, venga darle al martillo, y se acabó el martillo, ya no hacía falta más martillo, ya lo que hacía falta eran los que venían detrás. Y me viene el prestamista, me paga, y me dice que el lunes que me presente en la calle Urgel, en una obra.

Resulta que la obra esa era una casa a un lao, otra casa al otro, y un solar muy pequeño, ¿no? ¡Y el tío se había metido allí a hacer otra casa! Bueno, llego, entro, «mire, vengo de parte de la oficina...» «Sí, sí, vale. Mira, ahí te puedes cambiar.» Ni barraca, ni ná, sino un palo pegao a la pared con un clavo, y allí pones tu ropa, y cuando te la pones por la noche, no sabes cuala ponerte, si aquella o la que llevas puesta... sí, porque está llena de polvo y eso. Me cambio de ropa, y me dice el tío que coja un pico y una pala, y a los cimientos, que había que hacerlos a pico y pala. Dice: «Ponte ahí, y tienes que hacer éste y éste, y tal... Hay que hacerlo rápido porque va a venir pronto la hormigonera...» En fin, todo ese rollo que siempre se pegan los tíos. Digo: «Vale», y me pongo. Y al mediodía, ¡buf!, al mediodía comemos. Y cuando viene el tío y toca el pito, «piiii», me voy pa él y

le digo: «Diga», me dice. «Yo no me encuentro bien, quiero ir al médico...» Dice: «Pues vé, vé al médico» Digo: «pues vale» y tenía el médico en Verdún, allí al lado de mi casa, ¿no? Y me dice: «¿Qué te pasa?» Digo: «Mire, que me duele mucho toda esta parte de ahí (espalda). Es que me he tirao cuatro meses con un compresor, me ha dao varios porrazos, y tengo un dolor aquí, en los riñones...» Claro, no le temía yo nada al pico aquél, no le tenía yo miedo al pico, claro, yo ahí hartito en la Legión de pizar... Resulta que el médico me dice: «Bueno, te doy la baja, y haremos unos análisis y tal, ponte estos masajes, cuando te acuestes... Puede ser que sea frío, u otra cosa...» El médico ni lo había visto, no había visto nada... y me presento en la obra y le digo al encargado: «Mira, estoy de baja.» Me dice: «Pues llévala a la oficina y ya pondremos otro en tu sitio, al pico.» «Vale.» Me llevo a la oficina. La oficina me pagaba de baja 900 pesetas a la semana, sí. Yo tenía que ir a la oficina a cobrar, pero tenía que llevar un papel que me tenía que dar el médico. Claro, como eran cuatro papeles al mes, pues yo iba y cobraba las cuatro semanas, bueno, las tres, y a la cuarta semana, iba al médico y me daba los cuatro papeles, los cuatro... volantes se llamaban. Y yo se los llevaba al último cobro. No sé lo que pasó que me miraron casi todos los especialistas del seguro... ¡y ninguno encontró nada!

Ya llevaba nueve meses de baja. Claro, yo cobraba nueve libras, y ya tenía bastante pa mi rollo, pa mi vacilón... como estaba enfermo, no podía trabajar, claro. Estaba dao de baja, ¡lo decían los papeles! Y un día voy con un globo, ¡uf, con un globo...!, que me tocaba ir al médico. Y allí había que esperar. Y cuando voy a pedir tanda —el número, ¿no?, pides el número, te sientas allí y cuando te toca te llaman. Bueno, a lo mejor no te llaman. Pero siempre tenías que esperar—. Pero cuando voy a la enfermera a pedir el número me dice: «Usted es Fulano, ¿no?» Digo: «Sí.» Dice: «Espere.» Y se va, y se mete

donde el médico. Me viene al rato y me dice: «Ahora, cuando salga la señora que está ahí dentro, entre usted.» Y había mucha gente allí, esperando. Claro, yo pensé: «¡Buf, qué amables!», y ya me empecé a mosquear, ya se me pusieron las orejas de punta. Y sale una tía que estaba dentro, y cuando sale, la que tenía el número se levanta para entrar ella, y le digo: «¡Alto, que me toca a mí!» Sí, a esperar. Entro pa dentro, toco la puerta: «¿Se puede?» «Sí, sí, pasa, adelante.» Y entro, cierro la puerta y me veo toda la habitación, todo el despacho, habían allí ocho tíos, ocho tíos de pie, alrededor de la mesa, ¿no? y el médico, sentao. Y me dice el tío: «¿Qué, cómo va eso?» Digo: «Pues mire, yo no sé cómo va, pero a mí me duele... más que el primer día...» El tío se me queda así mirando y me dice: «Oye, a mí no me engañas más, ¿eh?» «¡No, no, yo no le engaño, esto me duele!» Dice: «¿Cómo te va a doler? Mira, todos estos señores que están aquí son los especialistas que te han mirao, y ninguno te ha encontrao nada.» Me habían mirao por todos laos, «y ninguno te ha encontrado nada. Así que te voy a dar el alta, ¿eh?, y estamos a primeros de mes. Te voy a dar el alta.» Digo: «Vale, si usted me da el alta, yo no sé si podré trabajar...» Bueno, dice: «Si puedes o no puedes trabajar, a mí me importa un pepino, pero tú no estás enfermo, o sea que te doy el alta.» Y me da el alta. Y me dice: «¡Ah!, y no vengas más por aquí. Cuando vengas por aquí tienes que venir con la cabeza bajo el brazo.» Así me lo dijo. Digo: «Vale», y me voy. Pero yo no fui a la oficina a decirles que me habían dao de alta. Psé, si les digo que me han dado el alta, pierdo cuatro semanadas de 900 pesetas... no me interesa. Me quedé con el alta en el bolsillo. Y llego a cobrar, la primera semana, y como la que pagaba ya me conocía y sabía que le daba los partes a final de mes, pues nada, llego, cobro, me paga el sobre, y me voy. A la otra semana vuelvo y cobro otra vez, a la otra vuelvo y cobro otra vez; cobro cuatro semanas seguidas y no le llevo ningún parte. Claro, ¿cómo

le iba a llevar un parte! Y a la cuarta semana la tía me dice: «Oye, por cierto, ¿y el parte?» Digo: «Mira, se me olvidó de pedírselo ayer... mira, la semana que viene cuando venga a cobrar te los traigo los cinco.» Así estuve cobrando dos meses. Hasta que, claro, se mosquearon. Como yo no les llevaba los partes, pues los pidieron ellos. Y les dijeron: «¡Pero si este tío lleva dos meses dao de alta!» Y me presento en la oficina a cobrar y me sale, no la tía, que cuando me vio fue a llamar, sino el tío, que sale y me dice: «Tú, ¿qué quieres?» Digo: «No, yo venía a cobrar...» Dice: «Y ¿has traído el parte médico?» Digo: «No.» Dice: «Mira, llevas dos meses cobrando sin parte médico. Si quieres cobrar, vé al médico y que te dé todos los partes, de todo ese tiempo.» Digo «Vale.» Y ya pues, me fui. Y a los dos días, bueno, eso fue el sábado, que se cobraba el sábado. Pues el lunes no, el miércoles me presento allí con el alta; con el alta que me había dao el médico, pero con la fecha cambiada, como si me hubiese dao de alta el martes, el día anterior. Y llego a la oficina y digo: «Ya traigo aquí los partes.» Dice: «A verlos.» «Toma.» Dice: «Eso no son partes, esto es el alta.» Digo: «Sí, m'ha dicho que estoy bueno, ya.» Dice: «Pero, ¿los partes de cobro?» Digo: «No me los ha dao, me ha dao el alta y namás.» Dice: «Vale, entonces... este, mañana puedes ir a tal obra y tal...» Digo: «No, no, no... yo, a mí me das la cuenta, lo que me tengas que dar y me voy.» Y me dio la cuenta.

Pero cuando hice eso ya no vivía en mi casa, ya me había marchao, de casa de mi madre. Yo vivía en el barrio chino. Las 900 pesetas me interesaban porque eran para la pensión de la semana; entonces pagaba 900 pesetas de pensión, ¿no? Si estabas de baja, estaba todo el día buscándome la vida por ahí y tenía la pensión asegurada. Y en esta época ya me quité de trabajar, definitivamente. Me corté la coleta, como el Cordobés. Entonces me puse a vender grifa, aquí en Barcelona; sí, que era una historia. Aquí, en las Siete Puertas... pero al principio,

cuando se vendía la grifa en Barcelona namás que en las Siete Puertas, allá por el año 65. Resulta que me pongo a vender grifa ahí, y había más vendedores que compradores; ¡ay, qué historia! Y yo me mosqueé de estar en las Siete Puertas porque, además, las Siete Puertas eran como hoy en día la calle San Jerónimo, que cuando los policías se quedan sin chocolate, dicen: «Vamos a hacernos con un poco...», y no lo van a comprar, ¿comprendes? Van a requisarlo, y encima te parten la boca, te meten preso y se lo fuman ellos. Bueno, pues yo me mosqueé de las Siete Puertas, porque habían muchos vendedores, y además, se estaba pasando una hierba muy mala y a mí el tío que me la pasaba ya le han matao hace poco; el Cuenca, M. C. Ese era el que me la pasaba a mí. Y como él había sido legionario conmigo, pues se la cogía a él. Entonces me cambié de sitio de venta. Me fui a vender aquí al barrio Gótico, a San Felipe Neri y todo eso... qué historia tiene San Felipe Neri... te lo juro, tú conoces esa plaza, ¿no? Bueno, en todas esas calles, incluso en la catedral; en los jardines de la catedral, había la gente que se desmadraba un poco, tumbaos en la hierba. Y por ahí me daba un paseo y otro paseo, y iba vendiendo. La gente que me conocía, que habían venido a las Siete Puertas a comprarme, me llamaban y les vendía. Entonces valía un caramelo, veinticinco pesetas, uno así, como media caja de cerillas; como media caja de cerillas, era el caramelo. A mí me ponían el caramelo a tres duros. A mí me daban los caramelos enteros, ya hechos, ¿no? A mí no me daban la pastilla; ya me lo daban cortao, liao... pero como yo sabía que era bueno, pues no me preocupaba en mirarlo. Y eran tres duros para el dueño, y dos pa mí, de cada caramelo. Pero el dueño namás que estaba en su casa cortando caramelos y yo tenía que ir a recoger los caramelos y a llevarle el dinero a su casa. Y yo estaba en la calle, jugándome la cara y... era una historia. Y para entonces vendría vendiendo unos 20, 25 ó 30 al día.

Entonces, había un bar, de una paisana mía, en la calle Gignás, ahí al lao de Correos Viejo, donde está el Agut. Pues allí había una bodega, que la frecuentaban muchos jipis, mucha juventud, ¿no? Allí iban muchos estudiantes, que se ponían en una mesa con cuatro porrones y cacaos y formaban unas peloterías, cantando y... ¡bueno! Una bodega pequeña, con muchos barriles grandes, y la mami namás que vendía vino y cacao. Y la gente iba allí namás que a beber vino, comer cacao y fumar petardos. Y claro, estaban fumando un petardo y llegaba la mami y olía y decía: «¿Ya estáis fumando cigarros de la grifa? Venga, hombres, que esto huele mal...» «Pues nada, mami, ya se ha acabao, vale.» Se lo pasabas al otro de al lao y «¿Ves, mami? Ya lo he tirao», venga, el porrón. Y nosotros nos metíamos debajo de los toneles. Porque tiene los toneles, y una viga, y debajo queda un espacio así, y con unos taburetes que tiene muy pequeños nos metíamos allí entre los barriles, y no se enteraba mucho la mami. Allí conocí a mi mujer, a la Sueca. Nosotros íbamos tres chavales y un día llegamos al bar y estaba la tasca vacía, namás que había una chavala en un rincón, una extranjera. Y nosotros, pues, nos sentamos en la mesa, y le pedimos a la mami... dos porrones del abuelo, de ese vino del abuelo, negro, dulce, y una ración de cacao, y lío un porro, lo enciendo, y se lo paso al otro. Y el otro se lo pasa al otro. Y entonces miro a la extranjera, y veo que la tía namás que hacía así, mirar al canuto. Por ejemplo, cuando se llevaba uno el canuto a la boca, le miraba el canuto como se encendía, y cuando lo bajabas, miraba el canuto pa ver donde iba. Y yo me dí cuenta que estaba loca por fumar, ¿no? Y cuando cojo el canuto, le hago así y le digo: «Oye, ¿quieres?» Y me dice: «Sí.» Digo: «Pues ven, ¡siéntate aquí con nosotros, hombre! Bebe vino, y tal...» Se sienta, un canuto, y otro canuto, y otro canuto. Ya empezó a hablar, a hablarnos español —era la que fue luego mi mujer— hablaba el español. No muy perfecto, pero, pa defenderse, bien. Bueno, y ya

le dije que nosotros íbamos todos los días —porque era verdad, nosotros íbamos todos los días a este bar, porque yo en este bar también vendía bastantes caramelos...— Ella dijo que también iba a menudo. «Bueno, pues los días que nos veamos por aquí, nos fumamos unos canutos, nos bebemos unos vasos...» Bueno, ya empezó a venir con nosotros; todas las tardes nos juntábamos allí: nosotros tres, y la novia del gallego ése, y la sueca. Y ya nos íbamos de allí, nos íbamos de bar en bar, a beber, un vaso aquí y otro allí... todos bebiendo vino. Y después nos íbamos a la calle de la Merced, nos íbamos por ahí. Y ya empezamos a separarnos los amigos, ¿no? El uno tenía la novia, ya yo iba en busca de la otra, y el otro se había quedao... no es que nos peleáramos, sino que nos veíamos, nos fumábamos un petardo, y después cada uno a su aire, ¿no? Y yo me iba con ella. Y ya un día empezamos a jugar un poquito, ya nos dimos un beso, al otro día le eché un polvo en la escalera de su casa, de su pensión, y ya una vez alquilamos una habitación para ir a dormir los dos... y nos fuimos toda una noche a dormir. Aluego, a la semana siguiente otra vez. Y ya cada semana íbamos una vez. Pero yo le dije que era muy poco, claro. Y ya empezamos a ir dos o tres veces a la semana, según el dinero que había para pagar un meublé —no un meublé de treinta duros, sino un meublé de 400 ó 500 pesetas pa poder dormir tranquilos—. Y hasta que un día ya se lo dije: «Oye, estamos haciendo el tonto.» Dice: «¿Por qué?» Digo: «Porque, mira... nos casamos, y (...) ya está, ¿no? Se acabó la historia, de meublés y de pensiones.» Dice: «No, porque aquí en España, si te casas no te puedes divorciar. Y... y ¿si sale mal?» Digo: «Pues, mira, vamos a hacer una cosa. Nos ponemos a vivir juntos, probamos, y si nos va bien la cosa, pues, nos casamos. Y si no va bien, pues nos separamos.» Dice: «Pues vale.» Y nos pusimos a vivir juntos. Detrás de la Plaza Real nos alquilaron una habitación. Nosotros pusimos nuestro infiernillo, nuestros

cacharros, nuestro equipaje, nuestras cosas... y allí vivíamos.

Hasta que gané un poco de dinero y le dije: «¿Vámonos a Marruecos?» Porque a ella le gustaba la grifa más que a mí, y a mí más que a ella, pues... Y yo ya no vendía, porque al estar con ella, pues... ya me jugaba la libertad de otra manera. Yo no quería perderla a ella por dos duros de caramelo, ¿comprendes? Y al estar con ella también necesitaba más dinero; ya no eran las juergas, ya era... pa mantener la casa. Y le digo: «Vámonos a Marruecos.» Y ella dice: «¿A qué?» Le digo: «Mira, conoces donde yo he estao sirviendo, la Legión» —porque yo le hablaba mucho de la Legión y eso—, «conoces la Legión, y tal, cuando volvamos, nos traemos consumao de kiffi y lo colocamos.» Como yo había ganado un dinero, bastante fuerte, y ella recibía además, cada semana, cinco mil pesetas de su casa, de Suecia, íbamos así, tirando, ¿no? Pero nos fuimos a Marruecos. Cogimos un día el tren, las maletas, y nos fuimos p'allá. Llegamos a Málaga, cogemos el barco, y nos metemos en Melilla. Y en Melilla, que el barco llega de noche, namás llegar nos metemos en una habitación, en una pensión. Yo ya estaba desnudo, pa meterme en la cama, cuando llaman a la puerta. Abro la puerta, en calzoncillos, y se me presentan dos pavos. Uno, moro, con una pinta de moro que no lo podía negar, de esos moros que se les ve de lejos, y el otro español. Y éste me dice: «Policía.» Y yo: «Bueno, y ¿qué?... Nosotros acabamos de llegar...» «Sí» dice: «por eso venimos, porque acabáis de llegar... Ustedes, ¿estáis casaos?» «No, no, ésta es mi novia, y tal...» «Entonces, si no estáis casaos no podéis dormir los dos juntos, se tiene que ir ella a otra habitación.» Yo me los quedo mirando y le dije: «¿Cómo, que a otra habitación?» Dice: «Sí, sí, si no estáis casados no podéis dormir aquí. Que duerma ella y tu duermes en otra habitación, o al revés, pero los dos juntos no podéis...» Y yo dije: «Pero yo, ¿cómo voy a dejar a la chavala esa sola en la habitación, en manos

de todos esos moros?» Digo: «Vale hombre, ella no, ella viene conmigo, y duerme conmigo.» Dice: «No, no, entonces no pueden dormir aquí...» Digo: «Me visto y me voy, sí. Pero entonces me devuelven el dinero, porque claro...» Y sí, sí, nos devuelven el dinero que pagamos, y nos vamos. Y yo quería ir al cuartel de la Legión. Y por el camino me tropiezo con un moro. Ibamos con las maletas, una maleta cada uno, llevábamos. Y le digo: «Oye, paísa, ¿tú sabes de una pensión?» Y el tío dice: «Sí, mira, aquella del cartel.» Digo: «No, no, aquella, no, que ya hemos estado y viene la policía a despertarte... ¿Tú no sabes de una pensión donde no vaya la policía?» Dice: «Sí.» Y nos lleva pa una cábila donde tenían una especie de pensión pa moros: un catre, dos mantas viejas... Claro, aquello no era muy bueno, pero lo que yo quería es que la tía descansara, para que a la mañana siguiente estuviese fresca, pa que se aclarase. Y nos dieron una habitación que, ¡buf!, había hasta ratas. Pero, bueno, allí estuvimos, y por la mañana, temprano, nos levantamos. Le pagamos al tío, cinco duros cada uno, sólo por dormir. Y ya nos levantamos, y vamos a Cabrerizas, donde estaba la Legión.

Namás llegar empecé a ver conocidos, y más llevando una chavala joven y guapa y alta, pues los tíos más se quedaban. Y sí, sí, me alquilaron en el poblado de la Legión, de los cabos y de los sargentos casados, me alquilaron una casa por 30 duros al mes: una casa con tres habitaciones, así, pequeñita, una cábila de barro, con sus puertas, su llave, sus ventanas y todo. Y entonces, ya tenía la casa, pero la casa solo, las paredes y el suelo, no había na más. Entonces a un legionario le compro una cama de la Legión, una cama de esas que se doblan las patas, pero eso, el somier y las cuatro patas; a otro le compro una colchoneta; a otro le compro dos sábanas y una manta; a otros, platos, cucharas, tenedores, de todo. Bueno, empecé a comprar cosas y los legionarios en vez de ir a donde estaban los moros me lo vendían a mí...

¡porque además yo lo necesitaba! Total, que en un momento puse la casa. Y ya los tíos venían a mi casa a verme, a tomar kiffi conmigo... Y no venían a verme a mí, no; venían namás que pa ver a mi mujer. Y mi mujer, como era sueca y era bastante liberal, iba con sus shorts, unos pantalones de esos cortos, y los tíos flipaos. Bueno, por las noches nos íbamos de juerga, de farra por ahí, con los sargentos y brigadas que habían sido legionarios conmigo, ¿no?... venían presumiendo de galones, con sus gorras... pero a mí no me importaba, yo iba muy tranquilo con mi sueca. Porque yo sabía que ella pasaba de toda aquella gente.

Bueno, que a todo eso empecé a comprar kiffi por kilos. Porque mientras tanto, las cinco mil pesetas que le mandaban sus padres, ahora nos llegaban a Melilla, a la lista de correos de Melilla. Además, le escribía a su madre, y le ponía conferencias, y hablaba con ella... le llegó a pedir mil coronas. Y estas mil coronas eran para comprar kiffi, y traerlo a España. Vinieron las mil coronas en la lista de correos, en un cheque. Y empecé a comprar. Ibamos al moro: la primera vez fuimos ella y yo, pasemos la frontera; bué, la frontera... la frontera es una alambrada, sin más, una alambrada que está rota por todos los laos. Pero por un lao están los civiles y por otro lao están los moros. Pero había que pasarla... y se pasaba. Pasamos y fuimos a comprarle al moro tres kilos. Un moro que se bajaba del monte Gurugú con un saco, a lo mejor un saco de 20 ó 30 kilos... y le compré tres kilos. Y ya le dije al moro que yo iba a comprar más, pero que yo no iba a venir más; que mandara un morillo a mi casa. Tenía allí dos o tres morillos de su casa, de los suyos, y le dijo a uno que me acompañara hasta mi casa, que se quedara con el viaje, que así después ya podría venir. Y cada tres días me venía el morillo con dos, tres, o cuatro kilos, depende de lo que yo quería. Ya namás que tenía que hacer que limpiarlo, en casa, y hacer paquetes, almacenarlo, para poderlo prensar. Pero era muy difícil poder

coger una prensa allí. Porque las prensas esas las hacían los moros. Y tú le dices a un moro de esos que te deje la prensa y lo primero que el moro te dice es que sí, pero te hace así, que te cobra dinero por dejártela; y luego, como sabe pa qué la quieres, se chiva a la policía. «Mira, pasa eso.» Y cuando un moro se chiva que un español lleva grifa, la policía le gratifica, bien con dinero, o bien de otra manera... ese es el rollo. Este es el rollo de la prensa. Pero yo quería prensar aquello, que allí me estaba almacenando el kiffi, allí cortao sin prensar, y entonces se estropea. Y ¿qué hago? Me voy pal pelotón de la Legión, y les robo un pico; un pico de picar, voy allí, pun, y me lo llevo, pa mi casa. Y por la noche, cuando ya habían tocado silencio —porque desde mi casa se escuchaba todo lo del cuartel, era el poblado legionario, y estaba al lado del cuartel—. Por la noche después de tocar silencio me salgo con el pico de mi casa y me voy pa la carretera de Cabrerizas y me lío a picar, no por la carretera, sino por la tierra. Me lío a picar el bordillo —es un bordillo de esos de acera— pin, pan, pin, pan..., me vacío el bordillo por debajo, le doy un viaje, lo tumbo, me lo engancho y me voy pa mi casa; y lo pongo allí, en la cocina. Mi mujer diciendo: «Pero, ¿pa qué queremos esto?» Y le digo: «Es que vamos a hacer una casa nueva, ja, ja. Esta casa es toda de barro y a mí me gustan de ladrillo...» Sí, y al día siguiente me voy y me cojo otro. Y así hice con tres bordillos. Y unas maderas, y eso, y así me hice un tinglao: como un cuadro, con una madera debajo, y cuatro maderas, una a cada lao, pero vacía por encima. Luego, llenas esto, y le pones una madera encima, y luego le ponía los tres bordillos encima, ¡y aquello se prensaba por huevos...! Se rompían algunas veces las maderas, claro, pero ya tenía de repuesto: tenía 4 ó 5 cajones preparaos por si uno se me rompía. Y así ya teníamos un montón de pastillas. Y un día estaba mi mujer, por la mañana, haciendo el café con leche, y yo estaba en la cama tumbao, vestido, ¿no?, pero tumbao y fumándome una pipa con

mi perro... Porque habíamos compraos dos perritos, así, pequeñitos, los dos eran papillen. Ella con su perra y yo con mi perro. Bueno, llaman a la puerta y digo a mi mujer: «Abre.» Y abre la puerta y entra el cabo primero de la vigilancia del poblado, de la Legión, que era amigo mío... Entra, se sienta en la cama, le doy la pipa, se la fuma, y me dice: «Oye, me han preguntado la guardia civil por ustedes...» Digo: «Sí, ¿y que te ha dicho?» Dice: «Pues estábamos en el bar, han entrao y me han preguntao: "Diga, cabo, ¿quiénes son esos jipis que viven ahí?"» —Claro, yo llevaba ya una melena hasta los hombros...—. Y les digo: «No, es un muchacho que ha sido legionario y que se ha casao, y ha venido aquí a enseñarle a su mujer, que es extranjera, dónde él ha servido y tal y cual...», lo que yo había contado, ¿no? Y entonces, el cabo primero de la Guardia Civil les dijo: «¿Quiere usted que los llame?» Como el cabo primero es el que manda en el pueblo aquel, en el poblado legionario... Y dicen ellos: «No, no, no... sabemos que están ahí y cuando se vayan... ya los veremos.» Se lo dijo el guardia civil en confianza al cabo primero, ¡pero no sabía que el cabo primero era amigo mío! Y le digo a mi mujer: «¡Bufl!, ya lo tenemos claro...» Porque ya, con el kiffi que teníamos, estábamos locos, ella estaba loca por venir a España. Llevábamos allí dos meses... «Ya lo tenemos claro...» Dice ella: «¿Por qué?» «Pues porque no nos podemos ir.» «Coño, ¿por qué?» «Porque nos están esperando. ¿No te estás enterando que lo está diciendo ahí el B.? Claro, nos esperan para cuando nos vayamos...» Dice: «Y ara, todo el kiffi que hemos compraos, las pastillas... ¿qué hacemos?» Digo: «Mira, les vamos a buscar las vueltas a los civiles estos... y a todos. Nos vamos a quedar con toda la Guardia Civil.» Dice ella: «Y eso, ¿cómo lo vamos a hacer?» Digo: «Mira, nos vamos a quedar un mes más... y vamos a comprar más kiffi... Tú, tranquila; ¡tú deja que yo me lo tire a mi manera!»

Claro, yo dije de quedarme un mes más porque ha-

bían escogido ya al piquete de legionarios que tenía que venir a desfilas por Semana Santa a Córdoba... ¿comprendes...? Como yo había venido a desfilas antes a Córdoba, yo sabía cómo iba aquello. Pues ya habían sacado al piquete, y este piquete hacía la instrucción aparte de los demás. Porque la gente del Tercio hacía instrucción del Tercio, pero la gente de ese piquete hacía namás que instrucción de Semana Santa: el paso lento, los movimientos de armas, los vacilones, ¿no?, las marchas militares... y todo el día estaban ensayando cerca de mi casa. Y entonces me lié a comprar kiffi y a hacer pastillas. A más, compré media docena de sábanas de la Legión, y hilo y aguja, y me puse a hacer fajas, con seis pastillas en cada faja, de medio kilo... Y la faja bien cosida entre pastilla y pastilla, con dos o tres viajes de hilo... Y así todas, tres kilos en cada faja. Ya tenía un montón de fajas hechas allí. Mi mujer iba y se las ponía encima: «¿Qué te parece para pasar la frontera, así?...», que hacía un bulto aquello que parecía... Y entonces, cuando se iban a la instrucción, íbamos allí con mi mujer al sol, nos sentábamos, nos fumábamos nuestros canutos o unas pipas, y cuando rompían filas, pues todos los amigos venían allí alrededor, ¿no?, a fumar y... a ver las cachas de mi mujer. Bueno, pues entonces cogía a uno y le decía: «Oye, ¿tú vas a desfilas, no?» Me decía: «Sí, claro...» «¿Y llevas mucha pasta?» «Pues no.» «Pues, mira, tú me pasas a mí una faja de tres kilos, me la entregas en Málaga, y de esos tres kilos, uno para ti, y quinientas pesetas, o doscientas pesetas...», según el tío, así le daba el precio, ¿no? «Vale vale...» Bueno, pues nosotros nos quedamos en Melilla hasta un día antes de que saliera este piquete, porque se sabía cuándo le tocaba y tenía que salir. El día antes, nosotros cogemos el barco. Al llegar al puerto de Melilla, llegamos en taxi diez minutos antes de que saliera el barco, pa mosquearlos más, pa no darles tiempo a cachearnos y todo eso... Llegamos y, bum, nos montamos en el barco, y el barco partió. Claro, ya con todos los

pasajes, el barco se fue, y la Guardia Civil pensando que por dónde han pasao estos que no los hemos visto. Llegamos a Málaga, y el pavo que marca las maletas, ni me mira. Sí, abrió la maleta, metió mano, pam, la cerró, y la marcó, vale. Cogemos las maletas, cada uno, y yo llevaba el perro mío dentro de la camisa, aquí en el pecho de la camisa, pero lo tenía aquí que me hacía bulto en la espalda, y era el perro, ¿no?, con la cabeza p'alante y todo el cuerpo para atrás; y mi mujer llevaba la perrilla en la mano. Y cuando ya íbamos a salir, nos vienen dos tíos y nos dicen: «Oiga, oiga, hagan el favor.» «¿Qué pasa?» «Vengan, vengan para acá. ¿Ya han pasao aduana?» «Pues acabamos de pasarla allí...» «No, no...» Bueno, a mi mujer la llevaron a un cuarto, con las mujeres de la policía, y a mí a otro. «Venga, a ver, las maletas.» Y venga, todo patas arriba. «Y, ¿qué lleva en la espalda?» Digo: «Un perro», y saco el perro y lo dejo en el suelo... el perro se les meó, ¡allí en el suelo! Me cachearon, me hicieron bajar los pantalones... y a mi mujer le hicieron lo mismo; pero no llevábamos ni un cañamón. Habíamos montao en el barco con cinco petardos liados, los había liao yo ya preparados para fumarlos en el barco. Pero cuando llegamos a Málaga, no llevábamos ni un cañamón. Bueno, no nos pillan nada, pues no nos tienen que decir nada... ¡los tíos con un corte! Sabían que nosotros habíamos ido a por kiffi... ¡y que no llevábamos nada! A lo mejor se pensaron que nos habíamos arrepentido y que lo habíamos dejado. Pero al día siguiente ya estaba yo en la puerta del muelle esperando que bajara la Legión del barco. Allí se acostumbraba que cuando llegan a un puerto, cuando se bajan, ya allí mismo forman, y se ponen a tocar el tambor y a desfilas, y a cantar, y hostias... Pero aquel día empezó a lloviznar, y a llover un poco fuerte, y claro, no hubo desfile, vinieron los camiones a por ellos. Y yo y mi mujer cogemos un taxi. Yo sabía dónde iban, al cuartel de Capuchinos, que es donde se juntan siempre los de la Legión cuando van allí, ¿no? Bueno, y

enfrente del cuartel hay un bar, y me meto en el bar. Yo sé que los tíos, lo primero que hacen al llegar es soltar el macuto, y al bar; el mosquetón, y los correajes, y al bar. Y yo, como lo sabía, porque esto lo había hecho yo, estaba en el bar esperando, hasta que llega uno y «¿Qué tal?» «Bien hombre.» «Venga, pues quítate la faja», pin, pan, «Toma, dos pastillas pa ti y... tres libras.» A ver, otro. Y mi mujer, con el cesto ibicenco, metiendo pastillas allí: ¡25 kilos juntemos! De ganancia, a más de todos los que habíamos repartido a los del piquete.

Pero resulta que el giro de cada semana no había llegado a Málaga, y nosotros a cada momento a la lista de correos, todo el día a la lista de correos, y que no llegaba. Toda una semana nos tiramos. Claro, nos quedamos sin dinero, y me tuve que vender dos kilos. Se los vendí a uno que conocía de la Legión, que anda por Málaga, lo habían juzgado también tres veces en la Legión y a éste se lo dije: «Mira, que me estoy quedando sin dinero, que tengo que pagar la pensión y tengo que comer y quiero vender un par de kilos.» Me dice: «¿A cuánto?» «A 18.» «¡Buf, a 18! Eso será en Barcelona, pero aquí en Málaga...» «Pues, ¿a cuánto me lo puedes pagar?» «A 14.» «Pues vale, a 14.» Y así le vendí los dos kilos, digo: «Vamos a comer, y después damos una vuelta.» Dando las vueltas después de comer pasamos por delante de correos y mi mujer dice: «Vamos a entrar a ver si por casualidad ha llegado algo.» Y aquel día había llegao el giro. ¿Qué pasa, no? Por un rato, le perdí 6.000 pesetas a cada kilo, porque aquí en Barcelona el «témpano» iba a veinte. Bueno, pero llegué a Barcelona y lo saqué pronto: en cuanto me di dos vueltas por el Somorrostro, el Campo de la Bota y todo aquello, se llevaban el uno tres kilos, el otro cuatro kilos... se lo llevaron rápido.

Mi mujer, los tres meses que había estado en Marruecos, se había quedado embarazada. Y cuando llegamos a casa de mi madre, con nuestro dinero y nuestro rollo, la mira y le dice: «Oye, ¿a ti qué te pasa?» «Mire, que estoy

embarazada.» «¿No habrá sido éste, no?» Y ella dice: «Pues sí.» Y dice mi madre: «¿Qué sí? ¿Será sinvergüenza este hijo mío? ¡Venga, ahora mismo, a casaros!» Mi madre loca por casarme. Bueno, no loca por casarme, que mi madre se creía que la había dejado la barriga así, y que luego la iba a dejar... Porque mi madre la conocía desde antes, bueno, desde que nos conocíamos ella y yo. Claro, porque la llevaba a casa a comer, y a estar allí, para que viera mi madre... para que conociera mi familia, vamos. Y ya empezamos a arreglar los papeles. Y venga papeles, pero como ella era protestante y yo católico, pues el juez del juzgao me dijo que no me podía casar, o que me pusiera yo protestante, o que se ponga ella católica, pero que así no nos podía casar. Y yo le dije: «Hombre, pero si yo no soy católico, estoy bautizao pero no soy católico.» Dice el juez: «Bueno, pues tráigame un papel que diga eso, que se lo hace el párroco de su parroquia.» Bueno, yo fui pa la parroquia que me correspondía, a San Jaime, allí bajando por la calle Fernando, una mañana le digo a mi mujer: «Vamos a ver al cura.» Y ella dice: «¿Pa qué?» Y yo le digo: «Es que si no vamos, no nos podemos casar.» Y ella: «Pero, ¿es que nos va a casar el cura?» «Que no, mujer, pero nos tiene que hacer un papel el cura.» Bueno, vamos p'allá y namás entrar nos vio a los dos, a mi mujer con su barriga, y nos dice: «¿Qué desean?» Yo digo: «Buenas, padre, mire. Es que nos vamos a casar...» Y él dice: «¿Sois de esta parroquia? Ah, bueno, esto está hecho.» Y entonces empieza a sacar papeles, todos los papeles que se necesitaban pa una boda, los va poniendo encima de la mesa... y yo me quedé muy flipao, por un momento. Y le digo: «No...» «Pero ¿no dice que se va a casar?» Digo: «Sí, claro, nos vamos a casar... ¡por el juzgao!» Dice: «¿Y por la Iglesia...?» Digo: «No...» Y dice: «¿Cómo; y por qué no por la Iglesia?» Digo: «No; porque no; porque yo vengo pa que usted me dé un papel de que yo no soy católico.» Un papel que firmas que eres católico porque te han bautizado de pequeño, pero que

no eres practicante, ¿comprendes? Bueno, el tío se puso muy serio, cogió un papel, escribió, echó una firma y luego pegó un sellazo, que no veas... ¡pegó un sellazo, que casi rompe el papel y hunde la mesa! Bueno, con todo eso, como a mi mujer le tenían que enviar todos los papeles de Suecia, ¿no? Y no creas, no tardaban mucho. Su madre se los mandaba y llegaban rápido, pero luego aquí en el juzgao se los tenían que traducir al español, y era un follón. ¡Seis meses tardaron todos los papeles! Bueno, y me dice el juez que el día de la boda tengo que llevar unos testigos. Y me llevo un amigo mío, que es gitano, que vivía en la misma escalera que nosotros, en otra pensión, porque en aquellas escaleras hay muchas pensiones. El se fumaba de vez en cuando un petardo conmigo, y se lo dije: «Oye ¿quieres ser testigo?...» «Bueno, vale», dice: «¿Pa cuándo es?» «Mira, pasao mañana.» «Muy bien.» Salimos, de allí de la calle Leona, y hasta el Palacio de Justicia, los cuatro, mi mujer, y yo y los dos gitanos. Y, bar por bar, cada bar que veíamos nos echábamos un trago; y fumando y tal. Y llegamos al Juzgado bastante puestos, ¿no? No llevábamos anillos ni nada, y a más, ¡mi mujer con un mosqueo conmigo! No sé, no me acuerdo muy bien por qué, algún rollo, no sé, pero con la bebida y tal se mosqueó... Y llegamos allí y estaba mi madre, mis hermanos, allí todos, esperándonos, y el juez dice: «A ver, estos testigos...» Y se levantan y van los dos gitanos. «A ver, los carnets.» Los entregan, el tío se los mira, los mira a ellos... ¡el carnet del gitano estaba caducado de tres años!, no valía. Y la gitana tenía quince años, y no valía pa testigo. Y me llama el juez y me dice: «Estos testigos no valen.» Digo: «¿Por qué?» «Porque no tienen la documentación en regla. Así que, usted mismo...» Claro, yo pues, nada, que me salgo por ahí a dar vueltas por el Palacio de Justicia, porque sabía que por allí va mucha gente a presentarse a los juzgaos —como tengo que ir yo hoy, ¿no?— y podía encontrar algún conocido y decirle: «Oye, ponte acá, enseña el carnet, para hacer de testigo,

firma y ya está, ¿no?» Pero empecé a mirar, empecé a mirar y no había ningún conocido. Yo ya estaba mosqueao, ¿no? Coño, la novia, mi madre, toda la familia allí metida, y yo buscando testigos por los pasillos. Y me dice un tío: «Oiga, ¿qué le pasa a usted?» Digo: «Míre, que me voy a casar y necesito dos testigos para que me firmen... Está allí mi madre, mi novia, todos esperando, y no tengo testigos. Si quiere usted, si me hace usted el favor, namás es firmar, y ya está...» Y él dice: «Sí, hombre, sí. Venga, vamos para allá.» Y con esto que nos cruzamos con un pavo con una carpeta en la mano. Y le dice: «Oye, tú, vente conmigo, que vamos a hacer de testigos, que aquí este chaval se va a casar y no tiene testigos...» «Pues vale», dice el otro. Y se vienen. Yo entro allí, con mis dos nuevos testigos, que claro, no tenían nada que ver con los gitanos de antes. Y el juez: «¿Así que estos son los testigos, no? A ver, los carnets.» Y sí, sí, sacan los carnets y resulta que el que me había parao era un policía secreta, y el otro era un abogado. ¡No se flipó poco el juez, entonces! Claro, primero le voy con los gitanos, y después... ¿No querías testigos? ¡Pues toma! Y nos casó, el tío... Namás casarnos, mi madre nos llevó allí a las Siete Puertas, y nos compró unos anillos: de 800 ó 900 pesetas, no creas que eran unos anillos nada finos...

Cuando me casé, ya me fui de aquí... bueno, me fui no, me tuve que sacar el pasaporte, y no me lo querían dar. Y no tenía nada pendiente, estaba todo pagao, pero como tenía muchos antecedentes penales y eso... Entonces fuimos a una agencia de ésas, a una gestoría, una que está detrás mismo del edificio donde dan los pasaportes. Detrás mismo de donde dan los pasaportes, en la Plaza de España, hay un gestor. Y fuimos a ésa. Y el tío no sé cómo se las arregla —bueno, como se las arreglan todos los gestores, no?—, que me vino con todos los antecedentes en blanco y me tiene el pasaporte. Y cuando ya estaba hecho, le paguemos al tío de la gestoría y nos dice: «Tienen que ir a recogerlo allí, a la policía.» Y fuimos a la policía. Entonces allí el tío tenía el pasaporte mío encima de la mesa, el policía que está abajo, que da el pasaporte, y decía que no me lo podía dar. Yo digo: «¿Cómo no me lo puede dar, si ya está hecho? ¡Lo tiene ahí encima de la mesa!» Entonces Ana, mi mujer, le dice al tío: «Mire usted, yo he venido aquí de turista, desde Suecia, y me he casao con este hombre y, claro, yo voy a parir y yo quiero ir a parir a mi casa. Si no puede venir mi marido conmigo porque usted no le quiere dar el pasaporte, pues yo cuando llegue a Suecia, por mediación de mi gobierno, reclamo... a mi marido.» Y el tío se mosqueó, y nos tiró el pasaporte y dice: «Venga, fírmalo... y no vengáis más por aquí.» Pues vale, yo lo firmé y nos fuimos. Claro, cuando nos fuimos estaba ya a pique de dar a luz... ¡si tardaron seis meses en casarnos! Y nos

fuimos de aquí, de Barcelona, hasta París. En París nos metimos en un hotel, y por la noche, después de cenar, estábamos en la habitación, allí, más aburridos que nada y yo le digo a mi mujer: «Oye, ¿por qué no nos vamos a dar una vuelta?» Dice: «¿Por qué?» «Pues, pa tomarnos algo y ver un poco de París, no?» Y me dice: «Pero ¿tú quieres conocer París?» Y digo: «Sí.» Me dice: «Ven conmigo.» Cogimos el saco de dormir —que teníamos un saco que era de dos, que sirve para dos personas— y con el saco de dormir nos vamos a la calle. Y me lleva debajo de los puentes del Sena, ahí que se juntan los clochards, y todos los golfos, y los jipis... y allí toda la noche bebiendo vino, y fumando petardos. Los dos días que estuvimos en París dormimos en el hotel; bueno, al hotel íbamos, sí, a lavarnos, y a descansar un rato en la habitación, pero dormíamos allí, con los clochards. Y después ya de París nos fuimos a Ginebra, en tren. Todo esto lo íbamos haciendo en tren, ¿no? ¡Con un montón de equipaje! ¡Con 8 maletas! Claro, todo lo nuestro, que nos íbamos a vivir a Suecia; un perro, y una mujer preñada; claro, la mujer como está preñada no puede llevar carga, ¿no? ¡Pues ya me explicarás tú! Ya en Ginebra se lo dije, digo: «Oye, ¿qué pasa?» Yo ya estaba mosqueao, porque cada vez que hacíamos un cambio de tren pues, no veas, qué historia... Ella se esperaba con el equipaje, y yo tenía que ir pacá, pallá, y no paraba. Ara que, en Ginebra, cogimos casi todo el equipaje, y lo facturamos. Porque en Suecia namás que te dejan entrar una botella de vino, otra de coñá y otra de... a ver, te dejan entrar una botella por barba, pero llevábamos 3 botellas cada uno, una de coñá, otra de vino, pero no vino corriente, sino vino amontillao, y otra de anís. Bueno, nosotros llevábamos una maleta cada uno, y tres botellas en la maleta suya, y tres en la mía, que son lo único que te dejan entrar. Pero en el equipaje que facturamos iban nueve botellas más, tres en cada maleta. Y cuando llegamos allí, pasamos aduana, lo que más me mosqueó fue que me quitaron el perro, al

llegar. Claro, fue por lo de la cuarentena; ¡joder, qué mosqueo con el perro! Yo me quería volver otra vez pa España. Sí, ¿tú sabes? De momento, namás llegar y bajar del barco ya me quitan el perro y después de una bronca allí, con todos aquellos tipos, que yo no me enteraba, nos montamos en un taxi para irnos a la casa, a la casa de su madre, que ya nos esperaba, ¡y un frío que hacía en el taxi!, brrr... El taxi con calefacción... ¡y a 25 grados bajo cero! Yo estaba muerto de frío. Y yo le decía: «Ana, vámonos pa España...» «No hombre, que ya estamos aquí; ¿ahora nos vamos a volver patrás?» Y eso, que era en Goteburg, que es más pal Sur.

Total, que llegamos a la casa, me presenta a su madre y a su padre; su padre había estado embarcado cuarenta y tantos años. Pero, bueno, el padre había hecho la pasta en la guerra, en la guerra mundial, porque Suecia era neutral, y podían navegar para arriba y para abajo, y traficaban con unos y con otros... Y había estado bastante tiempo también embarcado por Sudamérica y eso, y alguna que otra palabra del español soltaba; siempre estaba con el diccionario español-sueco, pa poder enrollarse conmigo. Estuvimos dos días en su casa, en casa de su madre y de su padre, pero a mí no me gustaba estar allí, yo quería una casa pa mí y pa ella, ¿no? Y alquilamos una casa, un piso, de esos antiguos. Y no veas si hacía frío allí, fuuu... un primer piso, y sin calefacción ni nada. Tenía una chimenea redonda, allí en una esquina, que le tenías que ir metiendo leña, pero aquello no calentaba ni pa hostias, aquello no servía pa ná. Bueno, nosotros ya teníamos nuestro piso. Teníamos una estufa de esas eléctricas, y pasábamos frío, pero mira, nos metíamos en la cama y estábamos mejor. Hasta que una noche volvíamos de juerga —porque nosotros todas las noches nos íbamos a beber y por ahí, que ella tenía su ambiente, era su tierra...—. Bueno, pues resulta que una noche llegamos a las tres de la mañana, con una borrachera como un piano los dos, y nos acostamos. Yo esta-

ba durmiendo y al rato me dice: «Miguel, Miguel.» Digo: «¿Qué pasa?» «¡Que ya viene!» Y yo digo: «¿Quién viene?» Dice: «El niño...» Digo: «Pues ábrele la puerta...» Y ya se mosqueó, ¿no? Porque yo, con mi rollo, estaba durmiendo, y empezó a zarandearme: «Oye, que voy a dar a luz y no voy a parir aquí en la cama, ¿eh? Que tengo que ir al hospital.» Y ya me espabilé y me vestí, cogimos un taxi, y a casa de su madre. Su madre ya tenía preparado una bata, jabón, pasta de dientes, y eso, lo que necesitan pa unos días... a más la madre es enfermera de ese hospital, del hospital donde nació mi hija y donde me operaron a mí del estómago. Y llegamos allí, y le pedimos un rollo al taxista, un papel conforme has pagao el viaje, porque luego te devuelven el dinero, ¿no? Cuando sales del hospital te devuelven el dinero. Y cogimos dos taxis, para ir a casa de mi suegra, y al hospital. Bueno, total que, tanto rollo, la miran y me dicen a mí que hasta el día siguiente, que hasta las dos de la tarde, que no viene la criatura. Y me dice ella: «Vete pa la casa, y ven mañana a las dos, que yo ya estoy bien.» Bueno, pues me fui; pero no me fui a casa. Me fui por ahí, a beber. Me fui al puerto, y después del puerto ya habían abierto bares... total, que me presenté allí a las dos, con una borrachera en el hospital, que no veas... y ya había nacido la niña: ¡parecía un mono, tú! Toda negra... y arrugada. ¡Joer! Digo: «¿Qué pasa? ¿Dónde está mi hijo?» Lo tenían allí en una canasta de cristal. Dicen: «Ahí. No es un hijo, es una hija.» Digo, vale, ya lo tenemos claro. Y cuando la destapo, parecía un mono pequeñito. «¡Joder!», digo, «¡si esto es un mono!» Nada, que después ya, cuando salió del hospital, a los ocho días, nos vamos pa casa. Y ya ves, en el piso que teníamos nosotros, un piso antiguo sin calefacción ni nada, pues hacía mucho frío dentro del piso. Nosotros éramos mayores y nos podíamos aguantar, ¿no?, pero la criatura pequeña... Y, ¿qué hago? Pongo la cuna, un canasto de esos grandes, en mitad de la habitación. Y me lío a buscar estufas eléc-

tricas, y le pongo alrededor todo de estufas eléctricas para que la niña no pasara frío ni nada. Estando un día en la casa esa antigua, vino el tipo de la luz, que venía a cortar la luz. Porque resulta que nosotros en un mes habíamos gastado más luz que cualquier ciudadano en seis meses. Claro, porque las estufas comían mucho. Y me dice mi mujer: «Mira, este tío, que viene a cortar la luz.» Y yo, cuando dijo que iba a cortar la luz, me di cuenta de que aquello se iba a convertir en una nevera, ¿no?, y que la niña estaba allí enmedio. Entonces le digo a mi mujer: «Mira, dile a ese tío que como me corte la luz, y a la niña le pase algo» —el tío entró allí dentro, no? y lo vio todo—, «que como a la niña le pase algo, dile que voy en busca de él y que lo mato.» Yo se lo dije a mi mujer en español, ¿no? Y mi mujer se lo tradujo al tío en sueco. Pero el tío me miró y claro, se mosqueó, y se fue. Fue a la compañía a decirles lo que había pasao. Bueno, pues la compañía, a los dos días me mandan el recibo del dinero que les debía, de gratis, sin pagar nada. Encima, me regalan 500 coronas —regaladas 500 coronas pa la niña— y me traen una estufa de esas que pillan toda la pared, un radiador de esos.

Y, a todo eso, a mí me habían llevado a la escuela, pa aprender sueco, porque si no sabes sueco no puedes trabajar. Y claro, pa poder trabajar tenía que ir primero a la escuela. Nosotros fuimos al sindicato a buscar trabajo, pero como no sabía hablar sueco, el sindicato me mandó a la escuela. Me pagaban —podía estudiar—, pero muy poco; me pagaban unas 500 coronas a la semana; entonces valía la corona a 16 pesetas... y me pagaban por ir a estudiar. La maestra que yo tenía, la profesora, hablaba español, y nos hicimos amigos. Yo la llevé a casa varias veces, a comer, para que conociera a mi mujer, y se hicieron amigas... Así ya, a los dos meses y pico, yo no sabía sueco ni nada, ¿no?, pero la tía me dio de alta, para que pudiera trabajar; bueno, ya sabía lo suficiente

como para llegar a la tienda y comprar y tal. Y ya me puse a trabajar, en la fábrica Volvo. Ahí sí que aquello era un lío; en la cadena de extranjeros: españoles, negros, portugueses, italianos... un rollo. Era una cadena de montaje, pero no cualquiera, sino la peor, la que más trabajaba. La que hacíamos los coches de la policía, las ambulancias y eso, que llevan doble motor, ¿comprendes?, llevan dos motores, dos baterías, ¡dos de todo!... los que más trabajábamos. El horario era que una semana entraba por la mañana, a las seis de la mañana, hasta el mediodía, hasta las dos, y la otra semana te tocaba por la tarde. O sea que eran turnos, cada semana, cambiados.

Después cambiamos de piso. Porque, al lao de donde vivía mi suegra, había apartamentos para los enfermeros y el personal del hospital, y como mi suegra trabajaba en el hospital, pues ligó un apartamento de aquellos que eran modernos, con doble ventana, con calefacción y todo, y lo ligó mi suegra pa nosotros. Entonces cambiamos de piso. Cuando nos cambiamos a este piso, mi hija tenía unos tres meses, o sea que hacía poco que estábamos en Suecia. Nosotros llegamos allí a últimos del 71 y mi hija nació en febrero del 72.

Una vez nos vamos ella y yo a comprar chocolate, al parque de los jipis; bueno, un parque donde iban todos los jipis allí; allí vendían chocolate. Ibamos ella, yo y el perro. Y tenía yo billetes de cien coronas; íbamos a comprar treinta coronas de chocolate y con el resto, pues irnos a tomar unas copas. Y llegamos al vendedor y le digo: «Toma, dame treinta coronas.» Me da un pedazo, se lo cojo, se lo doy a mi mujer y le digo: «Mira», lo coge ella y se lo guarda. Le doy las cien coronas, y el tío me devuelve el cambio en billetes de diez, o sea, me da siete billetes de diez coronas. Pero a lo lejos, en el mismo parque, en un montecito que había con árboles, había un policía, de uniforme, y con unos prismáticos mirando. Claro, el policía vio que me estaba dando dinero a mí. Entonces coge la radio, y llama a la policía del coche, que ya tienen al

vendedor. Un extranjero, que va con un perro muy pequeño, y una mujer, que yo he visto cómo cogían dinero, dijo el policía. Nosotros salimos del parque, más tranquilos que íbamos por la calle, y se vienen dos coches, nos pillan dos coches entremedio. Abren las puertas «¡Policía!», pun, pun, pa dentro. Bueno... Llegamos a la comisaría, y a mí me meten en un cuarto y a mi mujer en otro. Que a dónde está el chocolate. Y yo: «¿Qué chocolate?» «Sí, hombre, sí, que te ha visto el policía que te daban dinero, que tú eres el que lo traes de por ahí, que te ha visto el policía que te daban dinero, tú eres el que lo vendes...» «Yo, ¡qué va, hombre!, yo he ido a comprar, he ido a comprar treinta coronas y el tío me ha devuelto el cambio de cien.» Me registran y me encuentran las setenta coronas y una pipa que llevaba yo aquí, en este bolsillo de arriba, de fumar tabaco, pequeña, pero que la tenía con un filtro de lata, para fumar chocolate, namás. Siempre la llevaba encima, porque allí en Suecia se acostumbra a fumar más en pipa que en petardos. Si ya tienes una pipa especial para el chocolate... o sea, iba sin filtro, pero dentro de la cazoleta, coges una chapa de coca-cola mismo, la recortas, le haces cinco agujeritos, la pones, y así no entra el tabaco pa dentro. Bueno, pues la pipa esa la había comprado mi mujer y le había costado doce coronas. El tío la coge, la huele, ¡buf!, y como olía a chocolate, pues la tira a la papelera. A mi mujer la cachearon también, y le quitaron las treinta coronas de chocolate que habíamos comprado. Bueno, pues nos dicen que nos vayamos. Y le digo a la Ana: «Ana, el tío éste me ha quitado la pipa que me regalaste.» «¿Cómo que te ha quitado la pipa?» Digo: «Sí, la ha tirao a la papelera.» Dice: «Vamos pallá», ahí dentro mismo de la comisaría. Nos volvemos pal despacho y le dice: «Oiga, ¿qué pasa con la pipa? ¡Usted no me le quita la pipa a mi marido! Esta pipa me ha costao a mí doce coronas...» «Bué, que esta pipa es para fumar hachís y tal...» Y ella: «Bueno, bueno... o me da la pipa o me da las doce coronas que me

ha costao, ¿no? Porque no me la pueden quitar.» Y sí, sí, el tío cogió la pipa de la papelera, la tiró encima de la mesa, y dijo: «Toma la pipa.»

Otra vez nos cogieron fumando un petardo, en un portal, con otro español. Y acababa yo de comprar chocolate también. Y nos metemos en un portal, porque hacía frío, y estábamos allí liando cuando, plaf, se plantan dos tíos allí en la puerta. Y nos quedamos todos callados, nadie hablaba. Y yo, ya mosqueao, deshaciendo el chocolate, digo: «Bueno, ¿aquí qué pasa, hombre?» Cuando dije qué pasa, porque los tíos no sabían quien éramos, ¿no?, y cuando dije qué pasa se dieron cuenta de que éramos extranjeros y «police, police», venga, al coche, y ya está, al coche rápido. Nos cachearon y no nos encontraron nada. Yo llevaba el chocolate, que en el mismo coche me lo metí en el calcetín, pero nos cachearon dentro del coche, nos cachearon los bolsillos, y así. Y me llevaron a mi casa, y sale mi mujer y dice: «¿Qué pasa?» Toma a este tío, no le dejes mucho por ahí, le dirían... Y así estuvimos, hasta que ella se suicidó.

Allí, en los bares, puedes beber todo lo que quieras. Ara, que si bebes y formas una bronca o agarras alguna tranca fuerte, ya te cogen el nombre y te ponen en la lista negra, y ya no te venden alcohol, en los bares sí, pero no en las tiendas de bebidas. Porque allí las bebidas las controla el gobierno. Por ejemplo, tú vas a una tienda, compras una botella de coñac, que te vale siete coronas o diez; pero tú vas al bar, y pides una copa de coñac, y te vale quince coronas, una copa. Entonces, las tiendas éstas son sólo de bebidas. Y al tío que lo despiden del trabajo, por ejemplo, por beber, por drogas y eso, el sindicato te manda al médico, porque te han pillao trabajando, ¿no? Si el médico te da por alcohólico, entonces no trabajas, ya no te dan trabajo en ningún lao. Pero te dan un carné de paro, para que vayas a cobrar lo justo, lo justo para comer un poco, un poco mal, y no te sobra pa beber, claro. Y además, tu nombre está apuntao en todas

las tiendas esas de bebida. Por ejemplo, tu vas a comprar bebida, como toda la gente de allí, ¿no? Va la gente con sus coches, se para en la tienda, y una caja de coñac, una de vino... pa suministrar a la casa. Y mientras estás comprando, en la caja en la que tu estás comprando, pam, se enciende una luz. Entonces te dice el dependiente: «Identifíquese.» O sea, es un mostrador largo, y las luces, cada una, se enciende cada x tiempo, cada cinco minutos, cada diez minutos... Y a lo mejor tú estás comprando y en este momento se enciende la luz. Bueno, pues te dice «Identifíquese» y tú le tienes que enseñar el carné. Cuando se lo enseñas, el tío mira en una lista que tiene debajo de la caja, y empieza a buscar. Si está tú nombre, pues... lo tienes mal; si no está, pues nada, sigues. Claro, la luz se enciende a cualquiera, y yo conocía a varios que estaban apuntaos, ¿no? Y estaban pendientes de la caja namás. Cuando se encendía la luz a uno, plas, el tío se ponía detrás y a comprar antes de que se volviera a encender otra vez.

Quando mi mujer se mató, yo pedí permiso a la fábrica, a la Volvo, para buscarla; porque ella desapareció y estuvo una semana perdida. Y me dieron una semana. Bueno, al cabo de la semana apareció. Siguiendo los rastros, las pistas que había dejado —porque la policía sueca, aunque no te lo creas, es muy inteligente, una de las más inteligentes del mundo; ni Scotland Yard ni hostias...—. Pues le siguieron los rastros, y la encontraron. Todo fue desde el día de mi santo. Habíamos estado comiendo con su familia, o sea, mis suegros, su tía, yo, ella, unas amigas de ella, y cuatro españoles, que trabajaban allí en Suecia, que estaban casados allí. Y se consumió mucha bebida, se consumió mucho alcohol —bebida digo de vino, ¿no? unas 30 botellas de vino pa comer—; y después, para el café se consumió una botella y media de ginebra, una de güisqui que se la bebió mi suegro solo; sí, mi suegro no le daba más que al güisqui, no bebía otra

cosa. Y, bueno, se consumió bastante alcohol. Y en la cocina, dentro de un armario, había preparao un cartón de tabaco Pall Mall, pero los cigarros deshechos, y 50 gramos de chocolate de Afganistán, liado y deshecho, y cinco pipas allí en el armario. Cualquiera podía llegar a la cocina, abrir el armario, coger una pipa, cargarla, echarle fuego y seguir, ¿no? Y se consumió mucho. Se consumió también... un gramo de heroína, entre los españoles y las niñas, porque mis suegros no tomaban heroína ni hostias, ¿no? Después, mi mujer se había desayunao por la mañana con un ácido, y yo con otro. O sea, nos habíamos comido uno cada uno antes de ir a comprar para la comida. Y por la tarde, después, cuando ya se fueron los viejos, nos fuimos a un barco español —porque allí, los barcos mercantes españoles, cuando llegan a puerto, eso ya lo pone el periódico, ¿no? mañana llega tal barco, de España—. Pues la gente lo ve, los españoles lo ven, y ¡fuul!, a comer al barco. A comer al barco, y a comprar comida. Claro, porque es comida de aquí, y la comida sueca la hacen con mantequilla, y no sé, es muy difícil acostumbrarse al rollo. No comen pan, comen patatas cocidas en puesto de pan. ¡Patatas cocidas en puesto de pan! Peladas, claro. Pues, cuando llegaba un barco, todo el mundo allí, y por cinco coronas, te ponían el cubierto del marino, vamos. Luego, el contramaestre, el cocinero, el que está por allí y lleva las cuentas de la comida, te vendía latas de aceite de 5 litros, jamones, salsichones, paquetes de garbanzos, judías... Pero claro, comprábamos una lata de 5 litros de aceite, y ya teníamos aceite en casa para no tener que guisar con manteca. Por eso venían siempre mi suegro y mi suegra a comer a casa, ¡porque guisaba yo! Resulta que estábamos allí bebiendo en el barco. Por dos coronas te ponían una botella de vino, un litro, ¿no?, y por tres coronas te ponían un plato de lonchas de jamón, y empecemos a beber y a hablar, ¿no?, ¡como todos hablábamos español!, pues allí vacilando. Y me dice mi mujer —que estaba con la regla—:

«Oye, que me quiero ir al water, para cambiarme la compresa.» «¿Dónde está el water?» Y se fue. Y a la vuelta del water, en puesto de sentarse a nuestra mesa, pues se sentó en la mesa de un tipo que, yo lo estaba viendo, el tipo no era español, porque estaba solo. El tío tenía una botella de ginebra encima de la mesa, y estaba bebiendo. Pero se le veía extranjero; no se le veía sueco, tampoco. Claro, mi mujer también lo vio, y como ella hablaba varios idiomas —ocho, ocho idiomas, hablaba, no te creas. Y estaba estudiando el ruso y el árabe. Era una mujer muy inteligente—. Y se pone a hablar con el tipo aquél; se sienta, el tipo pide un vaso, y le pone un vaso de ginebra a ella, y se lo bebe. Y se bebieron los dos la botella de ginebra. Y el tío pidió otra, otra botella de ginebra. Y yo ya lo veía venir mal, ¿no? Pensaba, ¡jol!, mi mujer, con la marcha que lleva hoy, no veas, cualquiera la aguanta hoy en casa. Nosotros habíamos dejado el perro y la niña a su tía. Y ya nos habíamos quedao el Paco y yo solos, con la botella, y jamones... se habían ido todos a sus casas. Y mi mujer en la otra mesa. Y Paco me dice: «Oye, yo me voy a tener que marchar, porque si pierdo el último tranvía, voy a tener que coger un taxi, que me pilla bastante lejos...» Vivía más lejos que yo. Y yo le digo: «Bueno, yo también me voy a tener que marchar, porque tiene la tía el perro y la niña...» Y me voy pa mi mujer y le digo: «Ana, vámonos.» Me dice: «¿A dónde?» «Joder, ¡adónde!, a buscar a nuestra hija y a nuestro perro, que tu tía se mosquea, si llegamos tarde y borrachos.» «Joder» dice «esta semana he ido yo tres veces a buscar la niña. Vete tú, hoy...» Le digo: «¿Por qué no vamos los dos?» Dice: «No, vete tú hoy, que además mi tía te tiene que dar unos regalos que te ha comprado por tu santo.» Y le digo: «Bueno, ¿y tú cuándo vas a venir pa casa?» Dice: «Yo, dentro de un rato. Me voy a tomar un par de vasos más y me voy.» Digo: «Vale, ¿tú tienes dinero pal taxi?» Dice: «Sí.» Digo: «Bueno, yo me llevo toda esta mercancía pa casa.»

Y llegamos a mi casa. Bajo, llego a casa, dejo todas las cosas, y me voy en busca de mi hija. Y la tía me da una camisa, una corbata, unos calcetines... lo que me había comprado la pobre mujer, ¿no?, para regalármelo. Y me pregunta por mi mujer: «¿Y Anita?» Digo: «Ahora vendrá pa casa.» «¿No ha venido contigo?» Digo: «¡No, no, vendrá ahora!» «Bueno, adiós, hasta mañana.» Llego a casa, cojo a la niña, le quito la ropa, le cambio los pañales, le pongo su pijama, le doy su viaje de biberón, le pongo de comer al perro... pero como mi mujer me había dicho que iba a venir pronto, pues quedamos en dejar la puerta de la calle y la puerta del piso abiertas, para no tener que tocar timbres, porque si no los vecinos se mosquean. Y me siento allí en la cama, pongo la radio muy flojito —la niña, después del biberón ya se echó a dormir— y me quedé allí escuchando la radio. Me tumbo en la cama, con la radio y, claro, cuando vas bebido, llega un momento que te quedas relajado, y te entra sueño. Pero yo venga esperar allí tumbao encima de la cama, vestido y todo, para ver cuando venía mi mujer. Pero cuando me despierto, miro el reloj y eran las siete de la mañana. Digo: «¡Joer!, las siete de la mañana y esta tía no ha venido... ¿qué es lo que le pasa?» Entonces yo cavilé, pensé un poco, y me dije: «Bueno, esto es que se ha quedao con la tajáa en el barco. A lo mejor, algún marinero listo s'ha pasao de rosca, y se la ha metido en su cuarto, ¿no?, en su camarote.» Y yo vacilé, y llamé por teléfono a Paco, el que había salido conmigo del barco. Digo: «Oye, Paco, mi mujer no ha venido a la casa esta noche», digo, «vamos a ver el barco tú y yo, a ver si algún marino listo se la ha metido en su camarote, ¿no?, y la tienen allí secuestrada, y se la llevan a España...» «Vale, nos vemos en la entrada del puerto», en un bar que había en la entrada del puerto. Resulta que nos tropezamos allí, y nos vamos al barco. Subimos arriba, pedimos de beber, y le pregunto al que nos vendía la comida: «Oye, mi mujer se quedó ayer aquí; cuando yo me fui,

estaba en esta mesa, y... y no ha venido a casa. ¿Qué ~~hacía con~~ ella, a dónde la habéis metido?» Así mismo... Dice él: «Oye, oye, oye, aquí en esta mesa había un inglés y una sueca.» «Pues sí, esa sueca es mi mujer.» Dice: «Pues mira» —el tío me dijo que la había visto salir del barco— dice, «la sueca se marchó, y al inglés a las tres o cuatro horas lo tuvimos que echar a la calle porque no... no se quería marchar. Se había bebido un montón de ginebra y se puso un poco pesao». Entonces yo pensé: «Bueno, esta mujer, si se ha marchao de aquí, y a mi casa no ha venido... habrá ido a casa su madre, ¿no?» Y me voy a casa de su madre, a casa de mi suegra. Y le digo a mi suegra: «¿Está Ana aquí?» Dice: «Aquí no... ¿no está en tu casa?» Digo: «A mi casa no ha venido en toda la noche, y a mí no me ha telefoneao.» Dice: «Es que está muerta.» ¡Pero así mismo me lo dijo! Joder, qué mosqueo me entró. Yo llevaba el reloj con la esfera aquí, para abajo. Cuando me dijo que estaba muerta, pegué un manotazo así encima de la mesa y escacharré el reloj que me habían regalado pa la boda; un Tisot automático, calendario... me lo habían regalado pa la boda; un chaval que había robado en una joyería, me regaló a mí un Tisot y a mi mujer un Titán.

Entonces me fui a la policía, y le digo que mi mujer había desaparecido. Me dice el tío: «Bueno, tu mujer, ¿es sueca?» Digo: «Sí.» «Entonces no te preocupes, las suecas se van de su casa, están tres o cuatro días fuera, y luego vuelven...» Digo: «Bueno, bueno..., eso serán las suecas que están aquí en Suecia. Pero mi mujer es una sueca criada en el barrio chino de Barcelona, o sea que ella no puede faltar a casa...» Dice: «Bueno, si dentro de tres días no ha aparecido, vienes y lo dices otra vez.» Y yo con un mosqueo, porque la gente aquí no... no se preocupaba, yo... ¡era mi mujer!, ¿no? A los demás les daba lo mismo. Entonces llego a la casa, allí cavilando, con la niña... Cojo el teléfono, y yo conocía a una periodista de un periódico de izquierda, de un periódico comunista, que

era amiga de mi mujer, y yo tenía el teléfono de ella, allí en la agenda de Ana, y la llamo y le cuento por teléfono lo que pasaba. Y dice: «No te muevas de tu casa, que ahora voy y me lo cuentas allí.» Bueno, estuve allí con la niña, jugando un ratito, con el perro, esperando a ver cómo pasaba eso. Y sí, viene ella con otro tío, con un fotógrafo. Y se lo cuento, que había ido a la policía, que no me habían hecho caso... y que yo era español, claro, como ella ya lo sabía. Ella todo lo que yo iba diciendo lo iba escribiendo, y el otro sacando fotografías de mi hija; se subía de pie en la cama, se agarraba, pun, le sacaba una fotografía; otra, la niña con el perro; me sacó a mí otra; y entonces me llevaron una foto de ella. Y al día siguiente sale en el periódico. Ponía: «¿Asesinada en el barco? ¿Dónde está Anita?» Y ya ponía lo que yo había contao. Ponía que yo había ido a la policía y que la policía no me había hecho caso, claro. Al salir el periódico a la calle, ¡buf!, al rato se presenta la policía en mi casa. Ya empezaron a atacarme a mí, a preguntarme qué había pasao; todos los días me llevaban a la comisaría y todos los días me decían lo mismo, todos los días me preguntaban igual. Hasta que una mañana, cuando llegamos a la comisaría, entro en el despacho y veo el bolso de mi mujer allí, encima de la mesa. Dicen: «Tú conoces eso.» Digo: «¡Coño! ¡Ese es el bolso de mi mujer!» Lo abren, lo vacían todo allí... llevaba hasta tres vasos que habíamos robado en un bar, un pedazo de chocolate, su documentación, el dinero... todo lo tenía en el bolso, no le faltaba nada; las llaves de la casa, todo. Dicen: «¿Le falta algo?» Digo: «No.» Y digo: «Bueno, ¿de dónde lo han sacao eso?» Dice: «Mira, estaba tirado en el puerto, el bolso, entre dos barracas de obras, de esas donde guardan herramientas, donde hay escombros y eso... el bolso estaba tirado allí.» Y claro, ellos vieron que aquello estaba muy cerca del agua, pues se imaginaron... bueno, ya hablaron con mi suegra, conmigo también, ¿no? Y mi mujer sufría depresiones, depresiones de la cabeza. Entonces, ya, los tíos empezaron a

mirar con lanchas de la policía, con unas cuerdas y unas poteras que llevaban —unas poteras de esas que llevan como si fueran anclas de cuatro ganchos, de cuatro puntas—. Y una mañana estaba yo en casa de mi suegra, con la niña allí, que le había llevado la niña a mi suegra, y tocan el timbre. Abro la puerta, y me veo al comisario que llevaba el caso de mi mujer. Y, en la misma puerta, echa mano a la gabardina y saca un pañuelo de cuello, que yo se lo había comprado a Anita en Melilla, porque era muy bonito y le gustaba. Se lo ponía siempre así, como un anillo. Pero trae el pañuelo sólo. Me dice: «¿Tú conoces este pañuelo?» Le digo: «Sí, éste es de mi mujer, se lo compré yo en Marruecos.» Pero el pañuelo venía empapado de agua, lo traía mojado, ¿no? Dice: «Pues ya sabemos dónde está.» Digo: «¿Dónde está?» Dice: «En el agua, en el puerto.» Digo: «Vale.» Se va el tío, y entonces llamo a Paco, y le digo: «Oye, vamos al puerto, que mi mujer está allí, en el agua.» Llegamos y digo: «Oye, pregúntale al guardia ese —un policía que había allí— si ya han sacao a mi mujer.» Dice: «Sí, la han sacao, ¿no la ves, que está allí?» La tenían metida en unos sacos de plástico, unas bolsas de plástico grandes, negras; entre dos bolsas, la tenían allí; en el suelo, estaba. Joer, yo abro la puerta del coche, voy para allí corriendo, pero en seguida el comisario me vio y les dijo a los guardias: «¡Eh! ¡Parar a ese!» Claro, me pararon, viene el comisario y digo: «¿No es mi mujer?» Dice: «Sí.» «Bueno, pues yo quiero verla...» Y me dice: «Espera, espera, espera... que tú y yo tenemos que hablar un poco. Tú ahora te vienes conmigo a la comisaría, y luego ya verás a tu mujer.» Me monta en su coche, y me lleva a la comisaría. Y llegamos a comisaría, ellos entran y me dejan allí en el coche, aburrí, solo, pensando, cavilando, ¿no?, namás que dándole vueltas al coco. Al rato —a los tres cuartos de hora, o una hora— se baja el tío otra vez con su secretaria, se montan y dice: «Ahora vamos a ver a tu mujer.» Lo que había hecho el tío fue —porque tenía unos

papeles en la mano que no tenían nada que ver con el caso, ¿no?—; pero lo que había hecho había sido entreteñirme mientras el cadáver lo llevaban al depósito, lo arreglaban y todo. Joder, pero con todo eso... Cuando llegamos allí al depósito, me hacen pasar allí, al cuarto y la vi, en la mesa, en una mesa, tapada con una sábana, desnuda, pero sin nada de ropa, tapada con una sábana y namás que la cabeza fuera. Bueno, yo de momento, me harté de llorar, y tal, ¿no? Pero ya el comisario me acompañó a casa de mi suegra, estuvo hablando con mi suegra... Y yo le dije a la funeraria que llevasen a mandar la ropa pa ella. Sí, sí, fui a la casa y cogí un vestido blanco que a ella le gustaba mucho y... bueno, le preparé la ropa, unos collares, un rosario en las manos, ¡y le mandé poner unos pendientes y todo!, y vestida de blanco. Luego fui a la casa de las cajas de muertos y le compré una caja, también blanca. La tuvieron allí dos días en la funeraria. Hasta que se hizo el entierro. Entonces, ya había pasado el plazo que me había dado a mí la Volvo para faltar del trabajo, mientras aparecía, el entierro y eso. Vuelvo a la fábrica, y les pido un mes de prórroga. Dicen que no, que no me dan más tiempo. Digo, bueno pues si no me dan más tiempo, dame la cuenta; ya no trabajo más, ya está. Me dáis la cuenta y me voy. Dice: «Bueno, la cuenta ya te la mandaremos a final de mes a tu casa.» Y me fui de la fábrica. Ya me lié a beber. Me levantaba por la mañana, a lo mejor a las diez de la mañana o a las once, en mi casa. Me lavaba, me vestía, cogía el teléfono y llamaba a un taxi. Tenía el taxi en la puerta. Me montaba en el taxi y, brum, le daba la dirección del bar, un bar que le llamaban «El Pavo Real», que había un pavo real de luces en la puerta. Llegaba al bar, dejaba el abrigo, el sombrero, los guantes, allí al tipo de la puerta, y a la mesa. Me sentaba en la mesa yo solo. Allí los bares tienen butacas de esas así, cómodas, y si está la mesa cerca de la pared, a lo mejor te ponen un sofá, pa tres personas... Me sentaba en la mesa, y ya venía la

camarera, que ya me conocía, con la botella; se la pagaba, y a beber yo solo; a fumar, y a beber, y a pensar, así bebiendo, bebiendo, sin comer apenas. Comía a lo mejor un filete, pero sin ganas; lo comía sin ganas, lo comía por comer algo. Siempre venía alguna que otra sueca, de esas que hablan un poco español, ¿no? «Hola tío, y tal...», porque como había salido en los periódicos, me conocían. «¿Me puedo sentar aquí contigo, para hacerte un rato de compañía?» «Vale, siéntate.» Se ponía morada de privar, y siempre terminaban viniendo a mi casa.

Un día, cojo el teléfono del supermercado —estaba allí comprando— y llamo a la mujer de Manolo, un chaval que trabajaba en mi fábrica, que vivía al lao. Se pone, —Margaret, se llamaba— y digo: «Mira, Margaret, que he comprado algo de comer, y en casa solo, en la cocina de mi casa no me meto...» Porque, claro, todos los cacharros de la cocina eran de mi mujer y... estaba todo como lo había dejao ella. Digo: «Voy a tu casa para hacerlo.» Dice: «Sí, sí, vente pacá.» Llego a la casa, me meto en la cocina, y pongo la sartén al fuego, y cuando empieza el aceite a calentarse —para freír los filetes—, me entró como unas náuseas, y un dolor de estómago. A mí me dolía el estómago, pero con un viaje de bicarbonato se me quitaba, pero aquella vez, ni bicarbonato ni hostias; no, es que no me dio tiempo a tomar el bicarbonato, porque era un dolor tan fuerte, tan fuerte... y me voy y me tumbo en la cama del hijo de la chica ésa. Pero no podía ni estar tumbao, ni boca abajo, ni boca arriba, ni de lao; total, que me llamaron a la ambulancia, y al día siguiente me operaron.

Estuve ocho días. Vino el cónsul, venía a verme casi todos los días; venía mi suegra, y... mi suegra, ya en el hospital, fue cuando empezó a traerme a Sonia. Me la traía porque mi suegra se lo olía, y era verdad, que yo ya se lo había dicho; que el mismo día que yo saliera del hospital, el cónsul me tenía que dar dos billetes de avión

—con mi dinero, ¡claro!, compro con mi dinero, pero yo pagándolo después— para coger a mi hija de allí, de Suecia, y llevármela a Barcelona, a casa de mi madre, ¿no? Y cuando me dan de alta me dan un mes de convalecencia. De ese mes, tenía permiso, porque el cónsul me lo había arreglado, para venir quince días aquí, a Barcelona: dos semanas en Barcelona, y dos semanas de convalecencia allí. Me había hecho el médico una carta por si yo aquí en España me pasaba cualquier cosa en el estómago, llegara a cualquier médico y supiera de qué iba, ¿no? Y la niña la tenía una amiga de mi mujer, y amiga mía —un matrimonio, un yugoslavo y una sueca que estaban casaos—, y me tenían la niña en su casa, cuidándola, y yo les pagaba; o sea, habíamos llegado a un acuerdo, que dándoles cien coronas al día. Y cuando salgo del hospital me voy al bar, a donde paraba siempre. Claro, recién operado, no podía beber jerez. Y me vienen a poner la botella de jerez, en cuanto entro, y les digo: «No, no... a mí me dáis un vaso de leche.» Me traen un vaso de leche grande, y me lo estoy bebiendo y llega el Paco, ese que había ido conmigo. Dice: «Oye, el cónsul te está buscando. Me ha dicho que si te veía, que le telefonearas.» Cojo el teléfono, y llamo al cónsul. Dice: «¿Dónde estás?» Digo: «Aquí, en el Pavo Real.» Dice: «Pues espérate que ahora voy, que tengo que hablar contigo.» Se viene con su coche, lo para allí delante, entra pa dentro, me busca y le llamo, se sienta en la mesa... Digo: «¿Ya ha sacao los billetes?» Dice: «No, no te vas pa España.» «¿Cómo que no me voy pa España, si tengo permiso del médico y todo?» Dice: «Bueno, si te quieres ir solo, sí, pero la niña no te la puedes llevar.» Digo: «¿Por qué?» Dice: «Porque ha ido la policía a la casa donde la tenías, y se han llevado a la niña, con sus ropas y con sus cosas. Se la ha llevado la policía a una casa-cuna.» Digo: «Bueno, ¿usted sabe dónde está la casa-cuna?» Dice: «Sí.» Digo: «Pues vamos a ver a mi niña, ya por lo menos quiero verla, ¿no?, que hace ya que no

la veo unos días.» Cogimos el coche y nos fuimos a la casa-cuna. Y aquello, pa mí, no era una casa-cuna... ¡aquello era una cárcel pa niños! Una cárcel para niños pequeños, así, chiquitillos. Donde estaba cada niño era una habitación con una cristalera, ¿no?, y una puerta al lado pequeña, ¿no? Y una cuna: una cuna con dos cacharros de plástico para que el niño se entretuviera; y nada más, los cacharros de lavar al niño, los pañales... y allí todo el día. Y cuando la niña nos vio, a través del cristal, se agarró a la cuna, ¡y quería atravesar el cristal!... porque me conoció, ¿no? Y a mí se me cayó el alma a los pies cuando vi aquello, porque parecía que estaba detenida, que estaba presa. ¡Y más! Para mí estaba presa, porque la policía la había detenido allí, en aquella casa. Y vino la enfermera, nos abrió la puerta, cogió a la niña, la abracé, le di unos besos, la niña abrazándose a mí. Y yo le digo al cónsul: «Bueno, ya... me la llevo, ¿no?» Dice: «No, no... no te la puedes llevar. Está aquí por orden de la policía.» Digo: «Bueno, pues yo vengo esta noche y la robo. Vengo por la noche, salto esto, y me llevo a mi hija; coño, es mía, y ¿quién me la va a quitar?» Dice: «No, hombre, no puedes hacerlo, entonces sí que te la van a quitar de verdad. Lo primero que vamos a hacer es poner una denuncia y se hará un juicio por esto.» Esto es, ¿cómo te diría?, es un rollo, que es de la protección de menores, ¿no? Entonces el cónsul dice: «Ponemos una denuncia a la protección de menores, y que te la devuelvan. O que te la devuelvan o... o que se la queden, una de dos, pero que sepamos cómo queda la cosa.» Total, que dejo la niña allí, y todos los días iba a verla. Y el cónsul era el que se encargaba de todo el juicio y eso. Y me dice que van a tardar una semana, de ocho a diez días, en celebrarse el juicio. A los diez días, vamos con el cónsul, yo, un intérprete, que era catalán —un intérprete de allí, de sueco, que era catalán; era intérprete de sueco con español y otros idiomas— y dos intérpretes más. Ara, el cónsul no necesitaba intér-

prete y cogió la cosa bien, porque hablaba sueco correctamente, y español, claro, y sabía de qué iba la cosa. Y sí, sí, allí en una mesa muy larga, con todos los jefes del tribunal de menores de allí. Y yo sentado, con el cónsul al lado y el intérprete al otro, y los otros dos intérpretes a los laos. Y me dicen que ellos han recogido a la niña porque yo había tenido un follón, allí en Suecia, en un bar, con la priva; había tenido un follón con un sueco. Y luego me había cogido alguna vez con chocolate, y ya eran antecedentes malos. Tienes una bronca borracho, y ya te consideran alcohólico; en cuanto te cogen con una china de chocolate, ya te consideran drogadicto. Y claro, que yo era un alcohólico, y era un drogadicto, y que no podía tener a la niña, y que ahora me la quería llevar a España, y que quién les decía a ellos que en el avión no me daba por matar a la niña... y que se la quedaban, en la protección de menores de Suecia, que velarían por ella. Entonces yo me mosqueé y me levanté, y les digo: «Miren, yo he estao en la protección de menores ésta que tienen ustedes aquí, y he visto a mi niña metida en una celda. ¡La tenéis detenida!» «No, que aquí nosotros la cuidamos bien...» «Sí, sí, a lo mejor ustedes a la niña la cuidarán lo mejor que sepan, pero a la niña le falta un cariño; el cariño de un padre y una madre. Y no, yo no consiento que esté aquí.» Dicen: «Bueno, pero nosotros nos la quedamos.» Digo: «No, no. Miren, yo soy español. Y mi hija es española también, a pesar de que haya nacido en Suecia. Y en España también tenemos una protección de menores. Me la llevo a España, la entrego a la protección de menores, y la protección de menores se la da a mi madre, y mi hija se cría en una familia, que además es de ella, o sea, en la mía, no en la de otros.» Bueno, lo hablaron, y entonces le dijeron al cónsul que él se pusiera en contacto con la protección de menores aquí, en Barcelona, para que cuando llegara la niña a Barcelona, la recogieran en el aeropuerto. Y va el cónsul, se enrolla y escribe un telegrama a la protección

de menores, diciéndoles que yo iba a ir con la niña, y que la recogieran para entregársela a mi madre. El cónsul se lo montó así, porque también tenía que justificar delante de los suecos que había avisado a la protección de menores de España. Y sí, sí, llegamos al aeropuerto de aquí, y ya me esperaba la policía, con mi madre. Mi madre ve a la niña, y allí llorando... Y vamos a ver al juez de menores, y cuando llega le dice a mi madre si ella se hace cargo de la niña. Ella dice que sí. «Pues, bueno, firme aquí», tal, y se acabó la historia.

Encontré unos chavales que eran de mi barrio, claro; y yo había venido de Suecia con un montón de dinero. Y iban con una chica de Madrid, que se la habían traído de Madrid. Estuvimos tomando unas copas, fumando unos petardos... y cada uno nos fuimos por su lao. Pero como era en mi barrio... en mi barrio, en Verdún, hay más bares que tiendas, ¿sabes? Y, de bar en bar, dando vueltas, me tropiezo otra vez con la chica. Y, me saluda, la invito, empieza a hablar, que esta gente se la había traído de su casa y que estaba harta de ir con ellos porque no hacía más que dormir en camiones, y coches robaos y cosas así; y pasar hambre, que todo era para droga y para priva... o sea que... Y que tenía que ir a un sitio, a una oficina, que era por la calle Lauria; que era un sitio donde les daban trabajo a las mujeres para cuidar niños, y cosas así. Digo: «Si quieres te acompaño.» Dice: «Vale, si me pagas el metro...» Claro, si yo tenía dinero y iba a gusto, ¡cómo iba a meterme en un metro! Pues cogimos un taxi, y nos fuimos con el taxi hasta allí. Subió a la oficina y cuando salió me dijo que no le habían solucionado nada... y nos fuimos. Yo entonces le dije que tenía un amigo que tenía un piso allí en Verdún, y que ese amigo mío algunas veces me había dejao estar en su casa, alquilarle la habitación. Porque como él trabajaba, de peón de albañil, y la mujer trabajaba haciendo faenas, vivían, pero ganaban poco dinero; y tenían dos habitaciones que les sobraban. Y siempre las alquilaban a algu-

no para dormir fijo, allí; incluso para comer. Le dije que si quería que alquiláramos la habitación. Me dijo que sí, fuimos y le alquilamos. Yo tenía quince días para estar-me en Barcelona. A los quince días tenía que presentarme... a más, ¡tenía billete de ida y vuelta en el avión y no era pa dejarlo! Y entonces lleguemos a F. el gitano, y me alquiló la habitación. Nos alquiló la habitación pero nos cobró de más, porque nos cobró la habitación y nos cobró para comer y eso. Y, claro, a mí no me gustaba como guisaba la mujer del gitano... era mu marrana, ¿no?, guisando... Allí estábamos en la casa y siempre bebiendo, fumando..., me encargaba yo siempre de traer la historia de la hierba y la bebida... claro. Y a los quince días me tuve que marchar. Y me vinieron a acompañar al Prat. Yo le pagué al gitano el mes ese que habíamos estao, o sea, los quince días que había estao yo y los quince que le quedaban a la chica, más un mes más de la chica; y yo la dije que cuando llegara a Suecia ya le mandaría dinero. Cuando llegué a Suecia, rápido le escribí una carta y le mandé doscientas coronas, en la carta. Entonces, al poco tiempo, me escribe el gitano una carta diciendo que la niña había ido al Corte Inglés con su mujer a comprar y que ella había cogido un abrigo de pieles, se lo había puesto y al salir por la puerta la engancharon. Y que estaba en la cárcel y le pedían 25.000 pesetas de fianza. Entonces yo le dije que yo le mandaba las 25.000, pero que eran para que sacara a la chica, no para que se las quedara él. Me dijo que sí. Le mandé el dinero y la sacaron. Pero la chavala se fue a su pueblo, por lo visto. Bueno, el gitano dijo que la había visto un par de veces por Barcelona, que una vez había hablado con ella y que estaba de criada, y le había dado la dirección. Pero luego, cuando fuimos a la dirección ésa, la mujer dijo que se había ido a Madrid, a su tierra... de Móstoles, era.

Cuando volví a Suecia, ya estaba viviendo con la Sonia, la amiga de Anita con la que me iba a casar. Y en

mi casa tenía a un chaval que se dedicaba a vender heroína y anfetaminas, ¿no? Y un día llegó la policía a mi casa. El chaval era español. Y le preguntaron por mí. Buscaron en la cocina, en el water, para ver si estaba, venían buscándome. Y claro, yo a ese claval lo telefoneaba a veces, a mi casa, por si tenía carta de España, por si había alguna novedad. Y entonces le llamo por teléfono y le digo: «Oye, ¿tengo carta?» Dice: «Sí, aquí, aquí hay una carta de Barcelona.» Digo: «Pues ahora voy a buscarla.» Dice: «No vengas, que ha estado aquí la policía buscándote, y son la policía de extranjeros, los que se enrollan con los extranjeros.» Son los mismos tíos esos los que habían expulsado al compañero de ese chaval. Dice: «Yo te la llevo al bar.» «Vale.» Nos vimos en el bar, y yo ya iba a mi casa a escondidas... a mi propia casa. Pero tenía que estar escondido también en la casa de la Sonia. Y una mañana, estábamos los dos en la cama, y yo siento que se aparca un coche en la calle, siento el portazo de las puertas, ¿no?, el subir las escaleras —porque la Sonia también vivía en un piso antiguo— y, pun, pun, llaman a la puerta. Sonia se iba a levantar de la cama, y la cojo de la mano y la digo: «No te muevas.» Yo lo estaba oliendo, que venían detrás de mí. Y pun, pun, más fuerte. Miraron hasta por el buzón ese que hay en las puertas, metieron la mano por allí, para ver si había luz o había ruido... Llamaron tres o cuatro veces, pero como no nos movíamos, pues se fueron. Y cuando sentí las puertas del coche otra vez, me asomé por la ventana y los vi, a tres tíos, en un coche negro; y se fueron. Entonces me fui a camuflar a la casa de campo; tenían una casa de campo, pequeña, de mi mujer, y me fui con la Sonia allí. Pero a la Sonia no le gustaba, porque en invierno, una casa de campo, ¡buf!... Y un día me mandaron una carta, a mi casa, la policía, que me presentara. Que me presentara para el asunto del pasaporte. Sí, sí, me presenté, y de momento me empiezan a comerme el coco, se quedan con el pasaporte,

me meten en el calabozo, y me tienen allí nueve días y ya está. Pero no en un calabozo como estos de aquí. Los calabozos no tienen rejas. Pero, no veas, están a todo servicio, ¿comprendes? Una ventana con unos cristales así de gordos. Aunque rompieras el cristal, miras por la ventana y ves a la gente así de pequeñita por la calle, claro, están arriba del todo... Pero tienes la cama y un lavabo. Y aquí, en la cabecera de la cama, tienes un cuadro, en la pared, con tres botones: uno para el hilo musical, otro para la TV que tienes encima de la puerta y otro para llamar al guardia; sí, por si te pasa algo, tocas el timbre y viene el guardia. Después, por la mañana, primero viene el desayuno. Viene una tía con unos carritos, te ponen la taza de café con leche, el pan con la mantequilla, el vacilón, y se pira. Aluego viene y recoge los cacharros del desayuno. Por la tarde viene otra que te abre la puerta y te friega la celda y te hace la cama y se va. Por la tarde viene una con un carrito con libros, revistas, periódicos —en todos los idiomas—; y así estuve nueve días allí. Venía todos los días la Sonia a verme, porque me mandaban pa España, o sea, me expulsaban de Suecia. Yo le dije a la Sonia que me trajera algunas cosas de las que tenía en casa, y que las demás cosas me las fuera empaquetando, para mandármelas.

Cuando me expulsaron de Suecia, la Sonia no quería venir a España. Ella decía que tenía un trabajo, y era verdad: trabajaba allí, en el ayuntamiento de Goteburg, de mecanógrafa. Y ella decía que a España no se venía, que no iba a perder el trabajo en su pueblo para venir a España a la aventura. Entonces ella tenía un amigo holandés, en Amsterdam, y le llamó por teléfono para ver si me podían alquilar un apartamento. Y me alquiló un apartamento de una chica que tenía un molino, que iba en verano, a pasarlo en el molino, y yo me quedaba en la capital con el chiquillo. Pero con la condición de que la Sonia iba a venir a Amsterdam, a verme y a estar conmigo. Sí, sí, yo vine aquí a España; me trajeron la po-

lucía en avión, ¿no?, y me dejaron aquí. Me entregaron a la policía del aeropuerto, con mi documentación y todo. Entonces me tuvieron dos horas allí en el aeropuerto esperando, a ver si yo tenía algo pendiente aquí, o por ahí o lo que fuera. Cuando vieron que no tenía nada, me dieron el pasaporte. Y me dice el policía: «Bueno, toma el pasaporte. ¿Ahora qué vas a hacer.» Digo: «¿Qué voy a hacer? Mire, hace 15 días que tengo ya alquilada una casa en Amsterdam, ¿comprendes?» Ya estaba pagada y todo. Contratada por teléfono, y ya había mandao Sonia el dinero. Dice: «Bueno, ya veremos si te dejan salir esta vez de la frontera, porque tú ya eres expulsao de un sitio, que tal, que cual...» Digo: «Vale.» Fui a mi casa, vi a mi madre, y a los dos días me fui pa Amsterdam. Cuando llegué allí, yo no conocía a nadie, no hablaba el... ¡ni el inglés, hablaba! Hablaba el sueco, así chapurreao, ¿no?, y el español, no más. Llego allí, y como yo tenía la dirección apuntada en un papel que me había dao Sonia —del tío que me había alquilao la casa— pues cojo un taxi y me presento en la casa de este tío. Y el chaval no hablaba español, pero había un jipi de allí que hablaba español. Total, que me recibieron, y cuando abrí la puerta lo primero que vi allí encima de la mesa fue medio kilo de heroína y siete u ocho kilos de chocolate... digo: «¡Buf!» Y un puñado de gente, ocho o diez; bueno, cuatro o cinco parejas, entre chicos y chicas. Allí el uno pinchándose, el otro liándose un porro... y me dan un pedazo de chocolate pa que fume. Y yo le digo que quiero beber. Y me dice que no, que ellos no beben. Bueno, leche, si quería leche... y digo: «No, gracias, paso de leche.» Y me dicen: «Uy, es que la bebida es muy mala, juntándola con la droga.» Claro, ya lo sé, que es muy mala, pero yo la llevo a la par. A mí lo mismo me gusta fumarme un petardo que beberme dos botellas de vino... pero juntos, ¿no? ¡Nada de que una cosa quite a la otra! Pero los jipis, no, ninguno. Aquí conozco bares que puedes fumar. O sea, que estás allí bebiendo, y si

fumas no te dicen nada. Y claro, estás allí, te juntas con unos amigos, venga una rondita, tres vasitos... vamos a liar un canuto, venga; un disco... otros tres vasitos... así que te fumas un petardo y nueve vasos, y no sabes de dónde te viene el globo.

En Amsterdam había el «MilkiWay», o sea la fábrica de leche; era una fábrica de leche que la habían hecho una discoteca de jipis. La habían cogido unos pocos jipis y habían hecho una discoteca... muy bien, ¡buf! Tenía un puñado de departamentos. Tenía una sala y restaurante, que yo apenas comía allí, porque era toda la comida macrobiótica de ésa. Sí, de vez en cuando, cuando hacían pollo o así, a lo mejor picaba, pero si no... y después tenían: un salón, bar-restaurante; en el bar te vendían las botellas de vino. Y yo compraba mi botella, me sentaba en mi silla, con mi chica, y a beber y a fumar. Después tenía otra, que era mercadillo, así grande; pero no salitas pequeñas, no salas grandes, coño, una fábrica pues, con las naves, ¿no? Bueno, pues en la otra mercadillo, que tú allí podías llegar con tu alfombra, la extendías en el suelo, ponías tu mercancía, tu chocolate, tu... lo que tuvieras: ¡joer, yo tenía un puesto allí, en el mercadillo ése!, y allí vendía chocolate, y ácidos, y heroína, y tó... Pero los montones de chocolate los tenía a lo mejor medio kilo de marroquí, medio kilo de Afganistán, medio kilo de Nepal, medio kilo de Líbano... así, en pastillas, y con la balanza en medio, de esas de pesar gramos, y cada pastilla con su cartelito, a 2 florines el gramo, 3 florines, depende. Cuando se encendía la luz en la pared, tapabas el puesto; porque cuando se encendía la luz roja es que, los que estaban en la puerta, vendiendo las entradas, cuando venía la policía, como ya se los conocían, entonces apretaban el botón y se encendía la luz roja en todas las salas. Entonces todo el mundo sabía que estaba la policía allí, ¿no? Y el que lo sabía, pues escondía sus mercancías, ¿no? La policía pasaba, namás que veía

jipis allí todos flipaos, pasando de todo; y no pasaba nunca nada.

Bueno, pues allí tenía yo el apartamento. Estuve quince días en Amsterdam... ¡joder qué chungo! Me tiraba todo el día en la casa escuchando música, porque el apartamento ese tenían más de 500 discos. Pero discos de la mejor música de jipis, ¿no?, y también música clásica, que si Vivaldi, que si Beethoven... ¡de la mejor música moderna! Y tenían un tocadiscos y... todo lo de la chica aquella. Y yo lo podía utilizar, sin estropear nada, ¿no? Y... quince días así, sin conocer a nadie. Hasta que un día, que venía yo de la frutería, y iban dos chavales andando por la acera, y iban hablando español. Y yo les dije: «¿Oye, ustedes sois españoles?» Dicen: «Claro, ¿y tú?» «Pues yo también.» «Y ¿qué haces aquí?» «Pues mira, que he venido a vivir aquí, que tengo aquí una casa... si queréis subir a casa, compramos algo de vino, escuchamos un poco de música.» «...¿Tienes música?» «Sí.» «Pues vale...» Subimos a casa, nos fumamos unos canutos, nos bebemos una botella de vino, y los tíos al ver tanta música dijeron si les dejaba venir, con un aparato suyo, a grabar discos en cinta. Digo: «Bueno, pues venir cuando queráis...» «Esta misma tarde venimos.» «Pues vale.» Y allí estuvieron grabando unas pocas cintas, y ya nos fuimos a la discoteca. La primera vez que fui a la discoteca fui con ellos. Y en la discoteca ya empecé a ver gente española y, tal, y entre unos y otros, españoles, me fueron enseñando cómo iba aquello.

Un día me tropecé con dos niñas, españolas, de aquí de Barcelona; dos niñas jóvenes, ¿no?, y que no tenían donde ir a vivir. Claro, yo conocía un barco que habíamos alquilao yo con tres más unos días. Pero a mí no me gustaba la vida del barco, porque la vida del barco era un rollo: no tenías agua corriente, no tenías luz, no tenías... ná. Para lavarte la cara, o para hacer la comida, tenías que coger las cacharras y irte a la fuente, llenarlas de agua, y comprar velas, y siempre con velas, o con

chismes de esos de camping, esos butanos pequeñitos, y siempre muy sucio... vamos, que aquello era muy tirao. A más toda la gente sólo pendientes de la heroína y del chocolate... Y yo las llevé al barco ése. Pero por la noche me vienen las niñas a la discoteca y me dicen que ellas quieren vivir tranquilas, pero que estar en el barco con aquellos tres lirones, que los tres las querían follar y pasaban de todo, ¿no? Y digo: «Pues, bueno, yo sus puedo llevar a mi casa, pero yo, claro, necesito una chica pa mí, una que quiera estar conmigo...» Y dice una: «Pues yo misma.» Y digo: «Pues vale, venirse pa casa», y ya está. Las llevé pa casa, y allí estuvieron en casa como un mes, casi; comiendo, durmiendo, y arreglándose a su manera ellas... yo no estuve con ninguna ya, porque eran muy pequeñas. No sé, yo las veía muy chiquitillas, y pasé. Yo les dejaba la casa, y eso sí, les enseñé cómo tenían que buscarse la vida, y namás. Yo les daba, a lo mejor, cien ácidos a cada una y, al parque, o a la discoteca, a vender. Y llegaba la noche y me decían: «Pues mira, he vendido treinta, o he vendido cien», porque a lo mejor un tío les compraba los cien de golpe, ¿no? O sea, las tenía en casa, que me ayudaban en esos negocios.

Yo, a todo eso, pues me dedicaba a robarles los pasaportes a los jipis... por ejemplo, tú eras francés, y te habías quedado sin pasaporte, porque no sabías dónde estaba y, claro, yo lo sabía porque tenía tu pasaporte, tus fotos... entonces me iba pa ti y decía: «Oye, ¿tú sabes quién puede comprarme un pasaporte italiano?» «Hombre, a mí me hace falta un pasaporte, necesito uno francés...» «No, mira, yo tengo uno italiano..., pero bueno eso no tiene nada que ver, yo te hago uno a tu nombre y ya está, ¿no? Pongo tu foto y todo el lío, y ya está.» «Bueno, vale, ¿cuánto?» «Trescientos florines.» «Vale.» «Pues mañana te lo traigo.» Luego iba al italiano que te había vendido a ti el pasaporte, y le metía uno francés... ¡yo no dejaba a nadie sin documentación! Yo te

quitaba a ti el pasaporte, y te daba el otro; y así iba ganando dinero.

Hasta que un día las dos niñas esas se me pierden, desaparecen. Y yo buscándolas por todo Amsterdam, ¿no? Por todos los sitios donde las conocían. Y que no, que no aparecían. Y había una, que le decían la María, que era un poco más mayor, ¿no? Tendría unos 27 ó 28 años. Pero muy pasada, era muy enterada, pero un enteramiento gordo, unos enteraos d'esos que cuando los escuchas hablar ya no les haces ni caso, ¿no? Y ésa, diciéndole a todo el mundo que no se preocuparan de las niñas, que las niñas estaban bien. Y un día estaba yo en mi casa con unos chavales españoles, y le digo a uno: «Oye, ¿por qué no vas al parque y buscas a la María y la traes pacá, y le dices que quiero hablar con ella?» Sí, sí, va el chaval al parque y se viene con la María —el parque era el «Golden Park»: el parque tiene la estatua de un pintor holandés muy famoso, como si aquí dijéramos Murillo, como pintor español, pues allí tienen un parque, con su nombre; pero ese parque es propiedad de la reina, es de la reina Juliana—. Ella, cuando llegaba la primavera, ponía en el parque varias casetas; ponía cuatro casetas de wateres, dos para mujeres y dos para hombres, dos en un lado, y dos en el otro. Después ponía otra caseta —bueno, aquello no era una caseta; aquello era una casa— de hospital, con médicos, enfermeras y eso. Por si alguno se ponía malo, atenderlo allí, en el hospital. Después ponía otra caseta de información; otra caseta de consigna, pa que los jipis dejaran las mochilas, y por la noche recogerlas. Y permiso pa que durmieras en el parque, con tu saco de dormir, tu chabola, tu tienda de campaña... como quisieras. Y allí se juntaban todos los jipis, allí se traficaban toda clase de drogas, y allí se juntaba todo el mundo, ¿no? Bueno, me trajeron a la María del parque. Y sube a casa. «¿Qué quieres?» «Quería hablar contigo», digo. Dice: «Tú dirás...» Digo: «Mira, a mí me han dicho que tú sabes dónde están las

niñas...» Dice: «Por las niñas no te preocupes, que están bien.» Digo: «Vale, yo a mí me da lo mismo que estén bien como que estén mal... Pero cuando tú dices que están bien, es que tú sabes dónde están. Y como tú sabes donde están, yo quiero verlas; namás que verlas. Una vez yo las vea y hable con ellas, ya me quedaré tranquilo. ¡Como tú no me traigas a las niñas esta noche, la próxima vez que te vea, te pego dos tiros y te tiro a un canal!» Y era lógico: yo allí en casa tenía pistolas, ¿comprendes? Es que yo tenía las pistolas porque había un chaval que yo había conocido en Suecia, un alemán, que lo había conocido allí, en Goteburg, trabajando en el cuero, haciendo bolsos y tal. Pero es que en Amsterdam también tenía el tío un tinglao, se había montao un taller, donde tenía a dos o tres trabajando pa él, cosas de cuero: bolsos, cintas, muñequeras... y ése vendía heroína. Además, cuando teníamos que ir a hacer un robo por la noche, yo iba al alemán ése y le alquilaba, por cincuenta florines, una pistola, con tres balas, namás; alquilada, por una noche, ¿no?, pa llevarla encima, por si te sale alguien y te va a atacar, pues te defiendes, ¿no? Y claro, cada vez que íbamos a alquilarle —siempre íbamos a alquilarle dos o tres, porque íbamos dos o tres—, cada vez que íbamos, como tenía una maleta llena, una maleta que tenía por lo menos cincuenta, tú le cogías: «Esa me gusta, ésa no me gusta, joder, ésta es muy grande, ésta es más pequeña, y tal...» En ese rollo le pillabas el descuido y, pun, te guardabas una; y le alquilabas las dos o las tres. Por eso tenía yo pistolas en casa. Y allí robábamos de todo, todo tiene venta. No por los mismos holandeses. Allí hay muchos árabes, mucho marroquí. Los árabes son los que más trafican, son los que compran la gente y todo; los árabes son los que compran a las chicas, y se las llevan. Pues se lo dije a la María, digo: «Mira, ¡como no me traigas esta noche a las dos niñas aquí, yo te pego dos tiros y te tiro al canal!» «Bueno, yo iré a buscarlas, pero no sé si querrán venir, y

tal...» Claro, ella se fue a buscarlas, porque ella es la que se las había llevado del parque y se las había pasao a unos chavales. Esos chavales estaban muy metidos en la heroína. Y las chavalas empezaron a picarse, de tal manera que cuando me las trajo por la noche tenían las manos todas picotadas, ¡las manos, incluso! Y vino la María, ¡que le habían dao un palizón por ir a buscar a las niñas! Decía: «Ay, ay, la que me han dao...» Digo: «¡La que te han dao!... Y la que te tenía que dar yo ahora!» Total que ya, a las niñas las enrollé, las hablé y les dije... la verdad, que podían estar en mi casa, que ya habían estado allí, pero que como quisieran, pero que vinieran a mi casa de vez en cuando. Sí, sí, ellas se volvieron, pero al día siguiente se presentan en mi casa con las maletas, todo su equipaje, y se vinieron a mi casa. «Es que esa gente nos han dicho que no nos vayamos, que nos quedamos sin trabajo, que tal y cual...» Y yo digo: «Pero, ¿qué pasa? Aquí no hay quien mate a nadie. Ustedes, ahora mismo, estáis metidas en la heroína. Vais a dejar la heroína, y vamos a ver al cura; que el cura se ponga en contacto con vuestras familias, y que sus lleven pa España, ¿no?»

Sí, sí, fuimos a ver el cura. El cura me puso en contacto con el padre de una de las dos. El padre de la niña se presentó en Amsterdam. Cuando a mí me mandaron el recado de que había venido el padre de la niña a buscarla, se lo dije a la niña, y la niña se escondió. No quiso ver al padre, no. Claro, yo y el padre... es que la niña no estaba ni en mi casa... se habían escondido las dos, y el padre y yo estuvimos unos días por allí, y yo llevándole al padre por todos los sitios por donde podía encontrarla. Llegábamos a un chisme de aquéllos y decía el hombre: «¿Aquí viene mi hija?» El padre era un hombre mayor, ya, y se flipaba viendo aquello, ¡claro! Fuimos a la discoteca «MilkWay» y buscando por las salas llegamos a la sala de música; la sala de música tiene un escenario, y todos los conjuntos esos jipis que están

aprendiendo, ¿no?, pues podían actuar allí gratis una semana, o tres días... y entramos en la sala de música y aquel día había un conjunto tocando y una tía, pero en pelotas, sin nada de ropa, ahí cantando y bailando... y el padre diciendo: «Pero, ¿aquí viene mi hija?» Digo: «Sí, hombre, espere a ver si la veo por aquí.» Y el padre: «Pero, ¿cómo va a estar aquí?» Y yo: «Tranquilo, hombre...» La estuvimos buscando y no la encontramos. Y el hombre me dijo: «Mira, yo ya me tengo que ir pa Barcelona.» Pero, de todas maneras, le dejó dinero al cura para el avión, para que cuando las niñas quisieran volver, las dos —no una, las dos— para que el cura entonces les sacara el billete del avión y... a mí me lo dijo: «Mira, le dejo al cura eso...» Yo dije: «Bueno, pues si las encuentro, se las mando pa España.» Sí, cuando se fue el padre pa Barcelona, a los dos días, ya se enterarían de que se había marchao, claro, pues se me presentan en mi casa. Digo: «¿Qué pasa, a dónde habéis estao?» Me dicen: «¿Y tú qué querías, que nos cogiera mi padre?» Digo: «Hombre, tu padre no creo que te haga nada malo. A más, el hombre se le veía preocupado y mosqueao... ¿no?, porque tienes una chiquilla metida en un mundo d'esos así con 16 años...» O sea que les digo: «Tu padre te está esperando en Barcelona, a las dos, os está esperando. Me ha dicho que sus vayáis p'allá que no sus va pasar nada...» «Que no, que nos meten en un reformatorio, que tal...» «Que no, que no te hacen nada...» Fuimos a ver al cura y sí, sí, el cura las convenció y quedaron en venirse. Sí, sí, se vinieron pa Barcelona, y yo les preparé el viaje; ya tenían el billete pagao, y yo les preparé lo que se iban a traer: un poco de chocolate, unos pocos ácidos, un poco de heroína —porque ya, como estaban metidas en eso—, y ya se vinieron p'acá. Y no las he visto más.

Yo iba en Amsterdam muy así, muy pasao, ¿no?, muy jipi, ¿no? Pero no iba así como un jipi d'esos que llevan

pantalón tejano... sino que yo llevaba un conjunto de tejano negro: pantalón, camisa y cazadora. Pero d'esos que llevan flecos por aquí, y la camisa con botones de diamantes, parecía vaya, un conjunto que me había comprado aquí en Barcelona, en la calle Conde del Asalto. Un sombrero tejano negro, también, y una capa marroquí negra, abrochada aquí, en el cuello, con capucha y todo que me llegaba hasta los pies. Y muchos colgantes, pulseras, anillos, las uñas pintadas; y mis melenazas... pero no en plan de jipis de estos que duermen en el suelo; yo tenía mi casa, y me podía vacilar de alguna manera. Y siempre cargao de droga: cargado por dentro y por fuera. Iba un día a casa y por el camino me vienen dos chavales y una chavala y se me arrima la chavala, y me dice en francés si le podía dar para un bocadillo. En Amsterdam hay un rollo, unas máquinas, como aquí las máquinas de tabaco, que tú miras y ves: pollo, hamburguesa... y valía cinco florines cada rollo de esos. Y como iban tres, hago así, pun, y le doy quince florines, cinco pa cada uno, «para que os toméis un bocadillo cada uno», pero todo eso sin hablar. Ella me habló en francés, yo les di el dinero, y seguí andando. Después me voy pa la discoteca, pal «MilkWay». Y estoy por allí dando vueltas, por la discoteca; porque aquello era un rollo, tenía que estar pendiente de todo lo que pasaba por allí; y voy andando y siento hablar en catalán; hago así, pun, me giro, y me veo a la chavala y a los dos chavales ahí, con una botella de vino, un canuto, y ahí, hablando en catalán... y me mosqueé; claro. Al entrar en la discoteca, ya me había quitado la capa y el sombrero para dejarlos en el guardarropa. Y me voy pallá y le digo: «Oye, chavala, tú tienes mucha cara.» Se me queda mirando y me dice: «Yo, ¿por qué; por qué me dices tú que tengo cara?» Digo: «Sí, esta tarde me ves por la calle, me pides pa un bocadillo, te doy 15 florines, y no te has comprado un bocadillo ni ná, te vienes paquí y te lo has gastado en vino y chocolate, ¿no? Y encima has venido dándotelas de

francesa, y eres catalana.» «¡Ah! ¿Tú eres el del sombrero?» «¡Sí!» «Hombre, es que yo no sabía, que tal...» Digo: «Bueno, pues, no te vayas a confundir más conmigo, ¿eh?, a mí no me engañes más.» Ya me senté con ellos, nos tomamos otra botella de vino que les pagué yo, nos fumamos unos canutos y yo, ya me fui a mi rollo... al cine. Porque esta discoteca tenía cine, a más. Sí, tenía sala de baile, teatro y arriba tenía una sala de cine y otra de... ¿cómo se llama?, era una sala que era muy bonita con luces, así todo muy arreglao... ¡ah! de «imitación»... ¡meditación!, una sala tranquila. Sí, sí, estaba muy bien montada. La cogieron unos jipis holandeses, y se enrollaron bien; ganando dinero, a más, porque no creas, se ganaba cantidad de dinero. Estaba cerca del Paradiso, pero aquello ¡bah!, no valía. Yo había ido al Paradiso, pero aquello no valía..., no me gustaba. En el Paradiso te daban la bronca, sí, si te pillaban pinchándote, o si te pillaban vendiendo chocolate. Los mismos trabajadores de allí te daban la bronca. La mejor era el MilkWay.

Bueno, total que la Paquita, al final de la noche, cuando ya iban a cerrar la discoteca, me viene y me dice: «Oye, paisano» digo: «¿qué?» dice: «¿Tú donde vives?» «¡Pues toma, yo en mi casa!» Claro... dice: «¿Tú tienes en tu casa sitio para que podamos dormir?» Digo: «¿Cuántos vais a venir?» Dice: «Yo y éste», o sea, ella y otro. Digo: «Bueno, ahora cuando cierren, sus venís conmigo.» Cuando, a la hora de plegar, recogemos la ropa y eso pa marchar, yo llevaba chocolate, que no lo había vendido del todo; medio kilo, llevaba, sí, una pastilla de medio kilo, ya empezada. Y salimos de allí, y nos vamos andando. Nos metemos en un bar y una cerveza, un canuto; nos metemos en otro bar y otra cerveza, otro canuto; llegamos a casa y, claro, yo en casa tenía una cama namás, ¡no iba a dejar dormir a los dos en la cama conmigo! Entonces como había colchones —dos colchones, había, pero estaban guardaos— saqué un colchón, se lo tiré al suelo, les di dos sábanas y una manta, y una almo-

hada. Claro, si yo estoy en una habitación, donde hay otra persona, o más personas que yo no las conozco, yo duermo, ¿no? pero... ¡con un ojo abierto! A la mínima de cambio, al mínimo ruido me despierto; ya estoy con la mosca en la oreja. Y me desperté muy temprano, tempranísimo, y me fui pal water. Como ellos dormían en los pies de mi cama, tenía que pasar por donde ellos estaban. Y me veo a la Paquita, metida dentro de la cama, dentro de las sábanas, las mantas y eso, y el chaval tirado en las baldosas, en el suelo, y con la cabeza apoyada en los pies del colchón de ella. Yo me quedé flipao, digo: «Joer, qué matrimonio es ese, ¿no?» Porque yo pensaba que venían liaos. Y ya me metí en el water y empecé a hacer un poco de ruido para que se despertaran, porque ya era de día, ya estábamos por la mañana... y cuando se despierta el chaval, se levanta del suelo, y yo le digo: «¿Pero tú qué haces en el suelo?» «Pues mira, he dormido.» «Pero, ¿no tenías un colchón?» «Sí, pero le he dejado el colchón pa ella, y tal...» Digo: «Vale.» Y le enseño donde se puede lavar: «Aquí tienes una toalla...», y el chaval va a lavarse. Entonces ella se espabila, y ya se sienta en la cama. Se había acostado vestida, se había acostao con la blusa que llevaba, y con un tejano que llevaba todo roto el culo, sin bragas... yo la veía un poco así, un poco flipada, ¿no? Digo: «Chavala, te voy a tener que decir otra vez que tienes mucha cara...» Dice: «¿Qué, ahora qué? ¿Qué he hecho?» «¿Que qué has hecho? Tú durmiendo en la cama y el chaval en el suelo, tu novio o marido, o...» Dice: «¡Pero si no es mi novio ni mi marido!» «Entonces, ¿por qué vais juntos?» «Pues mira, porque hemos venido de Barcelona juntos en auto-stop y...» Digo: «Vale... y ¿dónde llevais el equipaje?» Dice: «Nos lo han robao. Nos han robao el pasaporte, nos lo han robao todo, nos han dejao así...» «Pues, ya ves.» Y yo le digo: «Mira, yo necesito aquí una tía pa que arregle un poco eso, para limpiar, llevar la cocina y eso... ¿te quieres quedar tú?» Dice: «Hombre, si tú quieres que me

quede...» Digo: «Sí, sí, si te quieres quedar, no tienes más que hacer la compra, hacer la comida, fregar y eso y arreglarlo... vamos, hacer las cosas de la casa.» Me dice: «Vale y con eso, ¿qué hago?» Le digo: «Pues te lo llevas al parque, allí con los jipis, y cuando él se enrolle con los jipis, pues lo dejas con ellos y te vienes pacá.» Dice: «Vale.» Se levanta, se lava; le di unas zapatillas de la chica del apartamento. Porque la tía llevaba unas wambas, pero rotas, negras... Digo: «Toma, ponte esas zapatillas porque vas que...», pero, claro, al ponérselas vi que llevaba los pies negros, sucios. Digo: «Lávate un poco los pies antes de ponértelas, mujer.» Sí, se lavó los pies, se las puso, se lavó la cara, se peinó, se arregló un poco... Les hice un café con leche, y estuvimos tomando café con leche, y fumando pertardos, les di un poco de heroína a cada uno, pa que tomaran por la nariz; el chaval no quiso, pero ella sí, se enganchó rápido; y se fueron al parque.

A la media hora —bueno, el parque estaba al lao de casa; de mi casa al parque había cinco minutos—. Pues a la media hora me llaman al timbre y era la Paquita que ya estaba de vuelta. Mi casa era un ático, y había que abrir tirando de una cuerda desde arriba: tú tirabas de la cuerda, y se abría la puerta: era automático. Tiro de la cuerda, sube la Paquita, y le digo: «Coño ¿ya estás aquí?» Dice: «Sí... ¿qué hay que hacer?» Digo: «Mira, ves fregando los cacharros de la cocina, limpia la cocina, empieza a arreglar eso...» Pero el cuarto no se lo dejaba tocar yo todavía, porque había todo de cosas mías, y cosas que no eran mías, ¿comprendes?, y no quería yo que nadie tocara aquello. Nada, la mandé a comprar al supermercao que había ahí al lao, y me dice que ella sola no va al supermercao. Digo: «Vale.» Le di un chaquetón de esos jipis, grandes, que llevan bolsillos por todos laos, para que se lo pusiera, y digo: «Espera que m'arreglo en un momento y bajamos al supermercao.» Fuimos al supermercao a comprar con 15 florines; ¡y nos trajimos comida para una semana! Sí, sí, porque venga latas, y paquetes

dentro... esto te lo metes en el chaquetón o en la misa, y luego te tapas un poco así... ¡es muy fácil! Y hicimos buenas provisiones. Y al poco tiempo ya iba sola al mercao y se apañaba bien: con sus blusas y sus apaños, que a veces cuando volvía parecía que estaba preñada, ja, ja... Pero, claro, yo no me atrevía casi ni tocarla, porque iba llena de porquerías; llena de piojos, miserias. (...) Después ya, la fui arreglando y nos juntamos por una buena temporada. Pero luego, claro, empecé a espabilarme, a conocer a la gente, y... yo mi trabajo, con la Paquita, levantarme por la mañana y nos íbamos al café que había delante de la estación. Un café de unos árabes. Y nos sentábamos a la puerta del bar, en las esquinas de la calle, con una cerveza, otro petardo... veíamos venir un tren: buuuu, llegaba el tren a la estación, bajaba la gente del tren. Nosotros pendientes de la gente que bajaba. Cuando bajaba un grupo de jipis, a lo mejor se iba pallá, ¿no?, y otro se iba pal otro lao, pues la mujer se lanzaba a por uno, y yo me lanzaba a por otro. Llegabas a los jipis y les decías: «Qué, ¿buscáis algo? ¿Queréis algo? ¿Queréis ácidos, queréis heroína, queréis mescalina, psilocibina? Lo que queráis...» Allí había de todo. «Pues queremos chocolate.» «Bueno, ¿qué chocolate queréis?» «El de Afganistán» «¿Cuánto?» «Dos kilos. ¿A cuánto nos pones el kilo?» «A mil trescientos florines.» «Vale.» Entonces yo los llevaba al bar, allí donde estábamos con mi mujer, y estaba también ella con otros, que a lo mejor querían comprar heroína, ¿no? Entonces cogía el teléfono del bar y llamaba al tío del chocolate, le decía: «Dos kilos de afgano a 1.300 florines.» A mí me los ponía a mil florines, pero yo les pedía mil trescientos y de dos kilos me ganaba 600 florines. Entonces les decía a los tíos «Vamos»; los llevaba a la casa del que había telefoneado y «Toma, 2 kilos», «pues toma, el dinero», y venga, adiós. Y así. En los ácidos, también ganaba bastante. Porque la gente, hubo una época que iba mucho a comprar ácidos, se puso de mucha moda. En aquella

época se vendía a florín. Pero no... si comprabas unos, era un florín, pero si comprabas mil, era a 60 céntimos de florín. Si yo y la Paquita veníamos aquí, nos hicimos unos pocos viajes. Primero me hice yo un viaje, y me traje 5.000 ácidos. Hice contacto con un pavo; a mí me habían costado a 60 céntimos de florín, o sea, unas 15-20 pesetas. Y yo hice aquí el contacto, y se lo vendí al tío ése a 125 pesetas, pero todos. Porque para venderlos de uno en uno, no te vale la pena. Se los vendí todos de golpe. Cuando el tío los vendió todos, tardó una semana. Entonces yo cogí la pasta, la dirección del tío, el teléfono, y me fui para allí, para Amsterdam. Y estuve con Paquita y le dije: «Mira, he visto a mi madre, he visto a mis amigos, está Barcelona más buena, y tal y cual...» Claro, Barcelona está buena si traes pasta, si no... A los tres meses, resulta que Paquita dice: «A mí me gustaría ir a Barcelona, a llevar ácidos y eso.» Yo le preparo —4.000 ácidos, le preparé— en tres novelas. Porque entonces venían unos ácidos que eran en gotas; una tira de papel, con cinco gotas por veinte. Cada tira eran de cien. En un libro, haces así, le pones una tira aquí, otra aquí y otra aquí. Entonces, con pegamento le haces así a las dos páginas, y entre las dos páginas, pegadas, quedan 3.000 ácidos. Pues le puse dos o tres libros, y era cuestión de ir cargándolos. Y como yo le di la dirección del chaval ése, fue Paquita, le llamó por teléfono, que venía de mi parte —como yo se lo había hablado con el tío ya— y se lo vendió. Luego vine yo otra vez, aluego ella otra vez... La última vez que viene la Paquita, ¿qué se le ocurre hacer? Lo vende todo y se gasta la pasta, se lo gasta todo. Cuando se lo hubo gastado todo, en su casa, que vivía en la Meridiana, se coge un tubo de pastillas para dormir y se las jala todas, y se la tienen que llevar al hospital de San Pablo, a hacerle un lavado de estómago. Cuando ya salió del hospital, se vino para allá, para Amsterdam. Y yo le digo: «Bueno, ¿y el dinero?» Dice: «¿El dinero? Me lo he gastao, y me he tenido que matar, casi y tal...», nada.

RETORNO A BARCELONA

Con la Paquita yo viví tres años, por lo menos, o más, porque de allí, de Amsterdam, me la traje para aquí. Porque allí en Amsterdam estábamos ya muy mal; no mal por el dinero, y eso, sino mal por culpa de la heroína. Porque yo ya iba de cabeza con la heroína. Y cuando me enrollé con el opio, ¡buf!, ¡qué lío! Diez florines, un gramo de opio puro, para fumar. Y yo compraba cada día, un gramo, o dos gramos, y por la noche, cuando llegaba a casa, me acostaba con la Paquita, ¿no?, cogía la pipa de fumar chocolate, la preparaba, y me fumaba una pipa o dos pipas de opio, con ella en la cama, y a dormir. Y a la mañana siguiente me despertaba, lo primero que hacía después de vestirme era salir a la calle en busca del tío del opio. El tío del opio ya sabía dónde estaba, ¿no? y me recorría todos los registros, todos los rincones de Amsterdam, hasta que lo encontraba. Cuando lo encontraba, le compraba a lo mejor otro gramo, o otros dos gramos... pero, a todo eso, buscándolo como un desesperado para encontrar al tío. Cuando lo encontraba, me echaba el opio en el bolsillo, y ya estaba tranquilo. ¡Y me lo fumaba por la noche, cuando ya iba a acostarme! La Paquita fue la que más me buscó la ruina. Porque ella, la Paquita, cuando empezó con la heroína, ya pasó de todo. Namás que heroína, namás que heroína... y yo veía que la heroína nos iba a matar a los dos, claro. Y me la traje pa España otra vez. Vinimos a España porque su padre y su madre se habían separado. No eran mala familia, ¿no? (...), ella había venido tres veces desde Ams-

terdam, a traer ácidos y chocolate y eso, aquí a España, y yo también había venido tres veces; lo hacíamos separado, porque si vamos juntos y nos cogen, pues el otro que está fuera puede solucionar algo, puede ayudarlo. Y ella venía un viaje, y yo venía otro. Cada tres meses veníamos. Nos ganábamos un dinero. Y a más un viaje a Barcelona, que yo podía ver a mi madre, podía ver a mis amigos; y ella pues lo mismo, veía a su familia y... en quince días daba tiempo. Y cuando vinimos los dos, en puesto de juntar nosotros a los padres de ella, los padres de ella nos separaron a nosotros. Lleguemos a su casa y su madre, pues, nos recibe bien; me dice que si quiero tomar una copa, y le digo que sí: me pone una botella de ginebra ahí y una copa de esas de balón, grande. Y ella hablando con su hija, y yo con la botella, venga un viaje, otro viaje... resulta que la madre tenía en su casa a un profesor —a un maestro, ¿no?— lo tenía realquilao, en una habitación alquilada. Y nos lo dijo. Y yo le dije a su madre: «Bueno, ya que hemos venido aquí, como Paquita es mi mujer y yo estoy con ella, pues... en puesto de ir a una pensión, pues, alquílenos una habitación.» «No, en mi casa, no, que tal, que cual...» Digo: «Vale, entonces lo que usted no quiere es que estemos nosotros aquí, para estar sola con el profesor...» ¡Así mismo se lo dije! ¡Uy, qué mosqueo pilló! Me quitó la botella de la mano y todo... y me dijo que no fuera más a su casa.

Bueno, pero ya consumimos todo el dinero que traíamos, toda la droga que traíamos y eso, y ella se tuvo que poner a trabajar de camarera, porque además era una chica guapa, joven... que es lo que quieren las cafeterías. Y resulta que salió de camarera porque eran muchos follones, claro. Y a más, a mí tampoco me interesaba de camarera. Sí, de camarera ganaba dinero; pero yo trabajaba más que ella. Yo la tenía que llevar a la cafetería. Tenía que ir a las nueve a sacarla pa cenar —la llevaba a las cinco—. A las diez la devolvía, y a las tres de la mañana tenía que estar a recogerla. Y siempre pendiente

de... de la gente, siempre con la navaja en el bolsillo, siempre en plan de chulo, pa dar la cara por una mujer que... que no sabía si iba a salir buena o iba a salir mala, ¿no? Y salió mala, ¡claro! Y cuando me metieron en la cárcel ya no se acordó más de mí. Cuando salí de la cárcel sí, vino a dar la cara, a buscarme. Me tropezó, porque me buscó y sabía dónde encontrarme, nos fuimos a cenar —me invitó a cenar— y después nos fuimos a dormir a un hostel, de allí de la calle Avinyó; nos cobraron 400 ó 500 pesetas, para dormir. Bueno, nos acostamos, hablamos, y tal, y me quedé... nos quedamos dormidos. Me despierto por la mañana y estaba yo solo; se había ido. Me levanto, me empiezo a vestir, y tenía todos los bolsillos vacíos. Me había sacado todas las cosas de los bolsillos, todas, y me las había metido en el cajón de la mesita de noche. Sí, la documentación, la navaja, el tabaco, el mechero... todo. Y además me había dejado 5.000 pesetas, ahí dentro. Me lo había hecho para que yo buscara y encontrara el dinero. Bueno, pues las cogí y me fui.

Ya no me preocupa la Paquita ni me preocupa nadie... ahora lo único que me preocupa soy yo: que me pueda fumar todos los días unos pocos petardos, que me pueda beber unos pocos vasos de vino... porque es lo único que me ha enseñado la Legión, ¿eh? La Legión namás que me ha enseñao a defender mi vida en la guerra; en caso de guerra, ¿no?, a saber defenderme. A manejar las armas, a beber alcohol y a fumar grifa... es lo único que me ha enseñao, ¡pff! Y hay gente que todavía: «Caballero legionario, caballero legionario...» Me viene un pavo un día y me dice: «Oye, vámonos al Mesón de la Legión.» El Mesón de la Legión es la cantina de un Tercio, ¿no? donde están los legionarios... «¿Al mesón de la Legión?», digo. «Allí la gente va y fuma petardos por la cara y...» Digo: «Vale, pues vamos; si es así...» Compramos chocolate y nos vamos pallá. Resulta que llegamos allí, nos metemos en el mostrador, pedimos una botella, un vasito para cada uno, y me dice el otro: «Líate un petardo», el que venía con-

migo. Y al lao, aquí, habían tres policías armadas, ¿no?, y digo: «Oye, espérate que se vayan esa gente.» Dice: «¡Pero si esta gente están fumando!» Y miro, hago así, miré descarao, ¿no?, y era verdad, tenían el canuto en la mano. Y el que estaba a mi lao, me ve que miraba tan descarao y dice: «¿qué, a ti te gusta el chocolate?» Digo: «¡Claro!» Dice: «Pues toma», y me pasa el petardo. Yo, vale, me lo fumo, se lo paso al otro, el otro lo devuelve, y entonces yo ya lié uno, y se lo pasé a ellos: ¡se lo pasé a ellos y se lo fumaron solos! No me dio tiempo namás que de encenderlo.

Estando allí me viene uno que estaba en las oficinas. Era cabo de la Legión. Y me dice: «Yo a ti te conozco.» Digo yo: «Puede ser.» Dice: «¿Tú no has estao en Tahue-ma?» Digo: «Sí.» «¿Tú no estabas de enlace con el comandante C. y tal?» Digo: «Sí.» Ya ves, que se había venido de la División Azul, que había estao prisionero... de los que vinieron con la Semíramis. Había ido teniente, y cuando vino lo hicieron comandante... y se apuntó a la Legión, se fue a la Legión. Y era verdad, yo había estao con él, fue el tío que se quedó conmigo y me sacó de enlace pa él. Y dice: «Y bueno, tú ¿por qué no te apuntas aquí a la Hermandad?» Digo: «Hombre, yo porque no tengo, no tengo... no sabía que esto existía, y además, ¿qué es lo que hace falta para apuntarse a la Hermandad?» Dice: «Mira, tienes que traer tres fotos de carné, y tienes que pagar cincuenta pesetas cada mes, o sea que son una cuota de 600 pesetas al año... Y te damos tu carné de Caballero Legionario, y tal y cual...» Digo: «Vale, pues ya me apuntaré...» Dice: «Coño, ¿por qué no te apuntas hoy, que estoy yo en la oficina?» Dice: «Mira, toma», se echa la mano al bolsillo y me da veinte duros, «te vas hasta la estación del metro, y te haces en la máquina esa unas fotos y me las traes, y yo te hago el carné.» Digo: «Bueno, ¿y la cuota quién la paga?» Dice: «Bueno, la primera cuota te la voy a pagar yo, de mi bolsillo, pero luego ya te la tienes que pagar tú.» Digo:

«Vale.» Me voy, hago las fotos, se las traigo, y al momento coge una cartulina, pega la foto, pone mi nombre, lo escribe; la plastifica: «Toma, tu carné.» ¡Iba más chulo con el carné de legionario! Ya me compré insignias de la Legión y todo; en esas casas que venden objetos militares, insignias de esas que se llevan aquí, pequeñas; bueno, las compré porque encontré una casa que las vendía muy baratas, a 40 pesetas, cada una. Ya compraba más de una, y las vendía, las vendía más caras.

Entonces me puse a trabajar de cocinero en un bar, ahí cerca, cerca del Mesón, al lao del Parque. Y en ese bar —también es de un pirata que no veas, ha estado más años en la cárcel que en la calle, el tío. Tiene dos cafeterías de maricones por aquí, por el barrio chino... allí, namás que entras, todo son travestís y venga chocolate, y venga vacilones raros. Yo he entrao. Yo he entrao con él dos veces, con el dueño. Y entraba con él, porque yendo con él caían los dos cubalibres gratis, ¿no? Por un cubalibre ahí te cobran 125 ó 150 pesetas... y eso que son maricones; ya ves; ¡si fueran tías!... lo tenían claro—. Bueno, pues yo paraba por ese bar que él tenía allí... y allí namás que iban a comer putas, los travestís que hacen la carrera por detrás del Palacio de Justicia, hasta el puente Marina. Aquello, por la noche, todas aquellas calles se llenan y en cada esquina hay 4 ó 5 putas. Claro, toda aquella gente iban a comer al bar ése, donde yo paraba. Porque allí se podía fumar y... ¡y se traficaba, vamos! Podías llevar todo lo que fuera robao que... que el mismo tío te lo compraba. Y yo estaba todos los días allí. Y el cocinero, un hombre ya muy viejo, las putas empezaron a quejarse de que el cocinero era un tío muy marrano; no es que hiciera la comida mal, sino que iba con unos mandiles muy sucios, las manos llenas de porquería... Si se te pone a servir la mesa un tío, pa comer, y se te pone a servirte así, se te quita el hambre, ¿no? Y total, que él se mosqueó y lo mandó de paseo. Claro, al día siguiente, como yo iba al bar cuando lo abrían

—lo abrían a las ocho de la mañana— pues yo a las ocho de la mañana siempre estaba allí... para beber. Porque allí nos juntábamos una cuadrilla de gente que era un poco así... rara... porque no se podía uno fiar allí el uno del otro, ¡ja, ja, ja!, que todos eran piratas. Y claro, entonces le digo a P.: «Ara, te has quedao sin cocinero...» «Bueno, ya encontraré otro...» Y digo: «Mientras lo encuentras, si quieres, yo te echo una mano en la cocina.» Dice: «¿Pero tú sabes?» Digo: «Sí.» Dice: «Pues, a ver, métete, a ver cómo resulta...» Y me metí de cocinero así, por la cara. Y ya empecé en la comida, vinieron la gente al mediodía. Y yo, como sabía de qué iba la película, pues, claro, tenía una camisa limpia, blanca, y un mandil, limpio también, guardao en un armarito pequeño, pa la hora de repartir la comida, me quitaba la camisa de estar en el fuego, y el mandil de estar en el fuego, me ponía lo limpio, y servía. Y, claro, las putas todas me conocían y, no sé... les cayó bien, ¿no? Y yo me tiré... dos meses allí.

Entonces el encargao de los camareros tenía dos pisos, uno aquí y el otro allí: en una calle, tenía un piso nuevo aquí, y otro que también era nuevo, pero lo estaba dejando porque le salía muy caro, ¿no? Para un caso así de... raro. O cuando él se ligaba a una tía no llevarla a su casa con su mujer, sino llevársela al otro piso. Y entonces me dice: «Bueno, yo te puedo meter en el piso que tengo vacío, pero...» Allí no había nada que llevarse, ¿no?, no había nada que robar; «pero no metas bronca, porque los vecinos se piensan que no vive nadie...» Digo: «Vale.» Entonces me dejó una perra que tenía él, loba, así de grande; la Estrella; que se la había regalado él al Mesón de la Legión. Pero en el Mesón de la Legión a la perra la tenían siempre amarrá a la pata de la máquina del millón, no la dejaban salir ni a la calle, ni ná... y cada vez que la perra pillaba el descuido, ¡buff!, se piraba y se iba a la casa del otro, ¿no?... ¡natural! La mujer de él no la quería en la casa, y como yo dormía en

el otro piso vacío, pues me llevaba la perra y la perra se quedaba toda la noche en la casa. Y por la mañana, cuando él venía a abrirme —porque él por la noche me acompañaba, entraba en el piso, a lo mejor nos fumábamos un petardo o nos bebíamos media botella de las que llevábamos siempre— y por la mañana cuando se levantaba para abrir el bar a las ocho venía y me abría a mí. Salíamos yo y el perro, pum, p'afuera, nos íbamos al bar, y yo me ligaba una caja de Palo Cortao y me la ponía allí, al lao de la cocina. Ya era abrir la caja, sacar la botella... nos bebíamos un par de botellas entre los dos... ya nos poníamos a gusto, ¡porque es un vino que pega! Te bebes medio litro de ése, y ya se te han quitao las ganas de beber en toda la mañana. Y un día estábamos trabajando y me veo al encargao del Mesón de la Legión, el que estaba llevando el bar, ¿no?, que venía con tres tíos más. Y me dice el encargao del bar que el capitán de la Hermandad me quería ver, el capitán, L. Y yo le digo que bueno, que cuando plegara, que ya iría. Y me dice que no, que ahora, que ahora. Y entonces viene el chaval ése, el J. Como es un hombre que está en el mundo y se dio cuenta de lo que pasaba dice: «Oiga, oiga, ¿cómo se van a llevar a éste ahora al Mesón? Ya irá luego...» Dicen: «No, no, tiene que venir ahora.» «Hombre, que aquí estamos trabajando, y tenemos que terminar.» Dice: «Bueno, mira, éste viene, y si no viene, venimos nosotros y te terminamos el trabajo», le dice. Ya ves, eran tres policías armados pero de paisano, que venían en busca mía, y me llevan allí.

Me llevan al despacho, y en el despacho no estaba el capitán. Estaba uno que ya se ha muerto... claro, ¡cómo no se va a morir, con las maldiciones que le eché! Namás hago que entrar, hace así, «pasa, pasa», se levanta de la mesa, ¡pam, pam!, me pega dos guantazos... con los cuatro que habían venido en busca mía delante. Digo: «¿Qué pasa?» Me dice: «¿Dónde está el perro?» Digo: «El perro está en el bar...» Dice: «Tú ¿por qué te has lle-

vado el perro?» «Que yo no me he llevado ningún perro, que tal...» «Que sí, que a ti te han visto con él por la calle y tal...» Digo: «Bueno, ¡pero ese perro no es mío ni ná!» «Claro que no es tuyo, que éste es el perro de la Legión...» Digo: «No, es el perro de J., el encargao de los camareros.» «Bueno, bueno, vamos a dejarnos de perros; aquí nos tienes que devolver todo lo que te has llevao del Mesón.» Digo: «¡Hostia, yo no me he llevao ná! ¿Aquí qué pasa?» «Sí, hombre, sí, la otra noche entrasteis aquí por una ventana y sus llevasteis un radiocaset con televisión, sus llevasteis otro radiocaset... ¡el mío!», decía el tío; ése era un teniente de la Legión; retirao ya, ¿no?, pero que estaba en la Hermandad. Y «que si os habéis llevado tanto dinero, que si no llega a ser por el ruido que formasteis ya estaba la televisión casi en la calle...», una TV en color grande, ¿no? Digo: «Yo no.» Dice: «Sí, hombre, sí...» Digo: «Que no, yo no he sido.» Dice: «Bueno, tú vas a decir que no, pero el día de jueves santo, ¿dónde estabas?» Y daba la casualidad que el mismo día de jueves santo yo por la noche no había ido a dormir; me había ido al Clot, a robar en un bar, ¡pero yo solo! Que el dueño y la hija del dueño vivían solos dentro del bar. Pero yo sabía que no estaban porque me habían dicho que se iban a pasar las fiestas, la semana santa, a Valencia. No les rompí ninguna puerta; les hice una puerta nueva, ¡je, je! Tenían por la pared de atrás, donde tenían ellos el water y el lavadero, tenían allí para tender la ropa y como un almacén, ¿no? Y la pared era de ladrillo, puestos así, uno encima del otro, no puestos planos, sino así, vertical; por la parte de la calle, pero ladrillos sin fruncir ni ná. Y claro, yo lo había visto por fuera, por dentro, y yo sabía que aquello era fácil de entrar. Porque esas paredes, en cuanto haces así, con un pincho, le clavas a un ladrillo, entre junta y junta y sacas ladrillo, en cuanto sacas un ladrillo ya los sacas todos con la mano, sin hacer ruido ni nada, les hice una entrada... para entrar de pie, nada de ton-

terías, y salir cargao. Sí, sí, salí cargao y volví al bar que yo trabajaba y todo lo que traje se lo vendí a P.: un jamón, el tabaco, las botellas... todo. Luego un saco de dormir, de la chica, porque subí a las habitaciones de ellos... los dejé temblando, ¿no?, les dejé, bueno, ¡les hice limpieza! Y me arrepentí aluego; quería volver, aluego, porque me había dejao las tres máquinas que había: la del millón, la de los discos y la del bingo, que había bingos entonces; no les había tocado las máquinas. Porque eso, abres la puerta de la máquina y sacar el cajón con todas las monedas. Bueno, yo había hecho aquello aquella noche. ¡Pero yo no podía decirles a los tíos que mi coartada era aquélla! Entonces yo dije: «Pues, hombre, yo, el día de jueves santo, durmiendo...» «Y tú, ¿dónde duermes?» Digo: «Mira, en tal sitio, en un piso del encargao de camareros del bar. El viene por la noche, me mete en el piso, me cierra y por la mañana viene y me abre; la puerta es blindada, que es antirrobo, o sea que no se puede entrar ni salir. O sea que el día de jueves santo yo por la noche estaba preso, estaba encerrao.» Entonces ya estaba el capitán allí, el capitán quedándose con la copla, ¿no? Y los tres policías aquellos, dándome guantazos, dándome puñetazos y: «Tú tienes que cantar por huevos, tú nos tienes que decir dónde están los casets, que tal, que cual, y quién iba contigo...» Y yo les decía que no, que yo no había sido. Entonces el teniente coge el teléfono, coge el listín y busca el bar; llama. Y se pone el J., ¡el encargao de los camareros! Había él y otro camarero, namás... Dice: «Bueno, mira que estamos con éste, y tal...» Y él: «Sí, sí, duermo en mi piso, yo lo cierro, yo lo abro cuando salgo a trabajar...» Claro al decirle eso al tipo ése, por teléfono, el capitán se dio cuenta de que yo no había podido ser... ara, si el capitán ve al encargao de los camareros, ¡otro gallo cantará!

Entonces, el encargao del bar, de allí del Mesón, le dice al capitán: «Déjenos que nos lo llevemos ahí al cuarto de al lao», fuera del despacho, porque el capitán es-

taba viendo cómo esta gente me estaba dando puñetazos, guantazos, aquí en los riñones, rodillazos aquí en la pierna. Y ya el capitán vio que a mí me estaban dando guantazos y yo cada vez estaba más mosqueao porque... ¡porque no había sido yo! Dice el capitán: pegó un golpe en la mesa —porque un tío, un policía de esos me tiró un puñetazo pero a mala leche, aquí, y me dio, y entonces yo ya me puse como así, en guardia, pa defenderme, ¿no? Y el capitán se dio cuenta—. Hizo así, pegó un porrazo en la mesa y dice: «Aquí no se pega más a nadie. ¡Venga todos fuera! ¡Dejadme a mí solo con él!» Y, claro, eso a los cuatro y al teniente, a todos... quedé yo solo allí con él. Dice: «Bueno, dime la verdad, no quiero que te maltraten y se metan contigo.» Digo: «Mi capitán, la verdad es que yo no he sido. Si hubiera sido yo, pues, diría que sí...» Entonces, tú, ¿por qué tenías al perro?» Digo: «Pero si el perro se marchó solo de aquí, y se fue a casa de fulano, y como fulano no lo puede tener en la casa, pues ha venido conmigo. Está siempre en el bar, duerme conmigo en el piso...» Dice: «Bueno, yo sé que tú no has sido.» Dice: «Pero tú, como te mueves por el Barrio Chino, por la Plaza Real y eso, te tienes que enterar a ver quién vende un caset con TV, otro caset de esta marca, esto, lo otro, cosas de la Legión.» Porque se habían llevado banderines, llaveros con el escudo de la Legión, y cosas así, ¿no? Dice: «Si te enteras de todo eso, me lo dices. Vienes, y me lo dices a mí. Tú ahora te vas. Mañana, a las ocho de la noche, vienes aquí, entras directo al despacho, que estaré yo, y me dices lo que has visto.» Digo: «Vale.» Ya me fui, ¿no?

Llego al bar, le cuento la película al J., y dice: «Bueno, pero tú no vas a ir a buscar a esa gente, ¿no?» Digo: «¡Yo no voy a ir a buscar a nadie!» Al día siguiente, a las ocho, estoy trabajando en el bar y digo: «Oye, que me tengo que ir al Mesón de la Legión...» «Pues vete, ve...», y me voy. Llego al capitán y le digo: «Mi capitán, no... no he podido ver nada, todavía.» Dice: «Vale, yo

ya sabía que no ibas a ver nada», dice, «pero si no llegas a venir hoy, ya estarías preso. Así que no hace falta que vengas cada día. Tú, cuando te enteres de algo, vienes y me lo cuentas.» Y al terminar el capitán de hablar conmigo, que se sale del despacho, y entra el teniente, el que me había dado los dos guantazos primeros. «Qué, ¿qué haces tú?» «He venido a ver al capitán.» «¿Ya has encontrado algo?» «Todavía no, pero quería darle una cosa.» Dice: «¿Qué?» Echo la mano al bolsillo, saco el carné de la Legión y digo: «Tenga.» «Eso, ¿qué es?» Digo: «El carné mío...» «Quédatelo tú.» Digo: «No, ya no lo quiero. No quiero pertenecer a la Hermandad. Hace un mes que me he apuntado, y ya me acusan de un robo...» Sí, de verdad, allí le tiré el carné, y ahí se quedó. Ya no he vuelto más; ni me han vuelto a molestar más. Porque se han dao cuenta de que yo no tenía nada ver con eso.

Mientras estaba, en el mes aquel que iba casi todos los días allí, a beber, y a fumar, le digo al D. ese —porque decían que te buscaban trabajo; sí, a algunos los ponían a trabajar, claro. A alguno lo mandaban de vigilantes a las centrales, a las nucleares ésas, ¿no?, ¡de vigilantes! Estaban los tíos patrullando, con una pistola y... si hay un palo, el primero que te lo llevas eres tú. A otro lo ponían en las autopistas, de esos que cobran el peaje...— y yo le dije que yo quería trabajar, claro, un trabajo más estable que el que tenía de cocinero. Porque yo estaba de cocinero y no cobraba ná: el comer, el estar todo el día allí en el bar, y lo que le pudiera beber, pero el tío, de sueldo, ninguno. Y sí, sí, me da una tarjeta, y que vaya aquí, al sindicato, en la Vía Layetana, que hay un pavo que había sido brigada de la Legión y está trabajando allí en el sindicato, en una oficina, y éste pues tiene más manejo con el trabajo y, si te mandaban de la Hermandad, te podía colocar. Y el tío me dice que me iba a mirar de ponerme a trabajar en una compañía del puerto, en una compañía de transportes del puerto. O sea,

en una compañía fija, con seguros y todo; para descargar bodegas, de la compañía ésa, namás, no de otras. Y me dice: «Bueno, vente dentro de una semana, que te diré algo.» Vuelvo al cabo de una semana y me dice que lo ha mirao pero que no puede, que está la plantilla ocupada, y tal. Aluego vuelvo al mesón y le digo: «Mira, que dice que... nada.» Y me dice el tío: «Oye, casi todos los legionarios nos sentimos caballeros y tal, y somos españoles y queremos a España... casi todos están apuntaos a Fuerza Nueva. Fuerza Nueva les paga y tal...» Le digo: «Este trabajo no me convence.» Dice: «¿Por qué no? Al fin y al cabo estando en la Hermandad, si cualquier día hace falta que los legionarios demos la cara, los que estamos aquí en la Hermandad tenemos que ir a dar la cara...» Digo: «Sí, sí... pero, no; tú tranquilo, ¡que no!» Ese era el trabajo que me quería dar, ¡joer! Apuntarme a Fuerza Nueva. Sí, casi todos los de Fuerza Nueva son legionarios, pero legionarios como yo, expulsaos y gente así, ¿no?, rara. Gente que por dos duros son capaces de matar a su padre. Y cuando tienen que salir por ahí a formar follón, les pagan. Creo que les daban 10.000 pesetas, por salida que hacen. Pero, ya ves; tienes que ir a formar follón. Siempre van en cuadrilla, siempre van cuatro o cinco. Y siempre van por todos los bares... yo les he visto varias veces, ¡y a más, los conozco! Son casi todos legionarios, ¿no? Cuando van cuatro o cinco se meten en los bares y van formando... no van metiéndose con nadie, ¿no?, pero van de una manera como si fueran a comerse a todo el mundo para que si alguien sale a plantarles cara, entonces le dan una que... y cuando cobran es cuando van a las manifestaciones a dar caña. Por ejemplo, hay una manifestación del P.C. y tal y cual. Pues ahí que te mandan 40 ó 50 tíos de Fuerza Nueva a formar la bronca para que venga la policía, se lían a palos, se disuelva la manifestación y ya está, el trabajo cumplido, ¿no? Es un rollo, eso. Yo pasé de todo este vacilón. ¡Si no me apunto a ningún partido, ni a ningún

sindicato! Porque ninguno da ná; todos piden. Te apuntas al Partido Comunista, ¡porque a lo mejor te sientes comunista! Lo primero que te dicen: «¡Venga, treinta pavos cada mes! Treinta pavos cada mes y te damos tu carné, y te apuntamos en el fichero...» Aluego estás apuntado en el P.C. y resulta que vienen los de F.N., se te llevan el fichero y: «¡Mira, ya los tenemos a todos!» Tienen tu dirección, tienen tu nombre, tienen tu foto, ¡pues, hale!, ¡a por ellos! No, es un rollo esto... A mí que me dejen tranquilo con mis petarditos, mis vasitos de vino, y si hay guerra, como yo no estoy a favor de ninguno, estaré en medio, claro. Lo que le pueda robar a uno, mejor, y lo que le pueda robar al otro, mejor. (...) Claro que tampoco se formará ná, ahora aquí... sí, puede haber alguna lucha intestina, ¿no?... entre partidos; si ya empiezan, hace poco se metieron unos en el P.C. y les metieron caña. Claro, eran de esos de F.N., que si quieren los controlan pero, ¿y los otros? Llegará un día que dirán: «Bueno, pero aquí, ¿qué pasa? ¿Esta gente siempre nos van a pegar? ¡Ahora vamos a pegarles nosotros!» Y ya está... creo que también a los de F.N. les quitaron unos ficheros... Bueno, yo creo que un partido, o un sindicato, está a lo suyo, ¿no?, a llevar las cosas con cabeza. Pero esos partidos que se montan así, de ultras y empiezan a meterse en un lao y en otro... están hechos para desestabilizar el... el control del pueblo.

Hoy en día está Barcelona llena, infestada de droga. Vas a comprar chocolate y te dicen: «No, si quieres caballo...» Oye, ¿qué pasa? A mí dame chocolate y déjate de historias... El chaval ése, el encargao, ¿no?, ahora está vendiendo caballo por ahí... yo ya lo digo, cualquier día le van a matar. Siempre que me ve y siempre con su sonrisa, con su vacilón, y... «¿quieres tomar una copita?» Me invita porque sabe que yo namás que bebo vino... y un vino vale 12 pesetas, 15 pesetas... Y el otro día me dice que si me quería poner a vender con él. Dice: «Mira, tú namás que tienes que estar aquí, y a los

que yo te mande, tú les das.» Sí, yo namás que tengo que estar en un bar, en la calle San Pablo... ¿comprendes?, por donde pasan todos los policías, donde está la brigada de la Guardia Civil de narcóticos... vamos, ¡en la mitad del foco! Y él, cuando me manda uno, que yo le dé la mercancía. Y él, pues, paseando por la calle con las manos vacías. Yo le dije que no, que no me interesaba, coño, que si yo doy la cara tiene que ser pa mí, ¿no?, pero que dé la cara pa llevarme cuatro perras gordas y después la ganancia te la lleves tú. Bueno, pues resulta que no quise.

Ayer, en Gracia, por la noche, a las siete; en una plaza, allí bebiendo en un bar, con un amigo mío. Y tenía un petardo y digo: «Me voy a la calle a liarlo», porque el tío del bar ya me había dao la bronca anteriormente por liar petardos en el bar; y pensé: pues me voy a la calle. Y como había unos chavales fumando, pues les pedí papel de fumar —yo tenía—, y les pedí un cigarro rubio, a pesar de que también tenía... me lié un petardo y empecé a hablar con ellos... niños, ¿no?, jovencitos, de esos de la nueva ola, de esos chavales que fuman grifa sin saber lo que hacen. Fuman pa fumarla, namás, pa parecer más personas, pa ser más hombres... Y empezamos a hablar y yo les ofrecí ácidos y rama, y me dijeron que hoy a las siete que llevara rama y que llevara ácidos. Y yo voy a estar hoy a las siete. Yo no tengo rama, pero voy a llevarles rama... fabricada por mí, claro. Es que hay una rama en la herboristería que se llama néctar, es para hacer infusiones para el dolor de estómago. Pero es igual que el kiffi, lo que pasa es que no tiene cañamones... bueno, pero cañamones, por diez pesetas compras cien gramos; cañamos de esos de los pájaros. Lo machacas con la boca, ellos sueltan la grasa, lo juntas con la rama, hasta que la rama se pone grasosa y huele una cosa rara. Luego, cuando lo fumas... pss, te quema la garganta, te quema la boca... y no te coloca. Vale, pero si yo les llevo cinco paquetes de rama,

a quinientas pesetas, es un dinero que arrastro. Ara, a lo mejor mañana me tropiezo un tío de esos y me da una puñalada, ja, ja, ja... también me preparo unos ácidos que... no veas. Compras una berenjena, coges las pepitas, bien secas, las pintas con un rotulador y... ya está: ¡a 500 pesetas el ácido! Y fíjate lo que cuesta una berenjena... Y sí, sí, hay gente que lo compra; quieren vacilar, y no s'enteran de ná... ¡pues allá ellos!

El otro día una chiquita, amiga mía, aquí arriba, en la Plaza Regomir —que también es donde se vende más caballo hoy en día por ahí—, me la veo y digo: «¿Qué, te tomas algo?» Y dice: «No, no tengo ganas de beber... si me invitas a un canuto...» Digo: «Sí.» Me la llevé al bar y yo pedí un vaso de vino, y ella un moscatel, y nos fumamos el canuto. Dice: «Menos mal, el canuto ése, porque tengo un mono...» Le había dao pastillas de Metadona, para que se le quitara el mono, ¿no?, porque con un par de pastillas de Metadona se calman un rato. «Me tomo unas pastillas de esas, y ya me quedo a gusto... pero yo estoy loca por dejar la heroína.» Digo: «Coño, vete al grupo Teral, que además de alcohólicos también hay heroinómanos...» Bueno, no te hacen nada... te comen el coco, te mandan al médico, luego el médico te receta una cajita de Metadona de ésa —porque no se la venden a todo el mundo, si no llevas receta; ¡porque esas pastillas colocan! O sea que el tío que no tiene nada de heroína coge una caja de esas pastillas y se las come y, ¡hala, ya marcha!—... pues la mandé pa Teral; era una chiquita mu joven, y ya tenía un par de niñas gemelas que tendrán... un par de años, las dos. Y el tipo que le hizo las niñas... estuvieron viviendo juntos, hicieron las niñas, pero el chavalín, como son tan jóvenes, él iba por el caballo, por la droga, ¿no? Metió a la chavala. Aluego ha pasao de niñas, y de chavala y ha pasao de todo, y sigue su rollo de namás que a robar, al tirón; a robar cadenas, y a robar bolsos namás que pa eso... Coño, ¿y

ahora qué pasa con el tío? Que vive en la casa con su madre; el chaval vive con su madre, su padre, su hermana y eso, ¿no? Pero él en la casa namás que tiene la cama, porque comida ya no le dan ná. Cuando tiene sueño, se va allí a dormir... yo lo sé porque me llevó a su casa pa que le hiciera un tatuaje. Le habían hecho un pinchón aquí, con una jeringa, muy mal pincháa, y una culebra, pero muy mal hecho. Y como se enteró que yo hacía tatuajes, me dice: «Oye, ¿tú me puedes arreglar eso?» Digo: «Sí.» «Pero, ¿cómo, qué es lo que vas a hacer?» Digo: «Dame, trae el bolígrafo...» La jeringa se la convertí en un alfanje moruno, de esos que son así curvaos, ¿no?, y la culebra pues, se la hice bien, le puse la cabeza, la lengua fuera, ¿no? Se la dibujé, y le dije los colores que se le podían poner. Dice: «Pues vale.» Digo: «Pues compra las agujas y las tintas, y te lo hago... y me pagas.» Compró el tío un tintero de tinta negra, y otro de verde, y las agujas las compré yo porque él no sabe cuáles son. Se lo preparé, pun, pun, se lo hice, y le cobré 500 pesetas. Me quería pagar también en polvo, y yo le dije que pasaba de polvo. ¡A mí es que el polvo no me gusta! A más, que no, ¡que cuando te das cuenta...! Bueno, es que hay que verlo... con el ácido también, pasa lo mismo. Te comes un ácido y pasas un día fenómeno y cuando viene la bajada... haces así, plas, y te metes otro; ¡claro!, pa no aguantarla, casi siempre la bajada es muy chungueta. Cuando te das cuenta, o te ha dejao colgao, t'ha dejao colgao, majara perdío, o t'ha dao por suicidarte... sí, sí, te lo juro que pasa eso: hay más suicidios con el ácido que con la heroína, aunque no te lo creas. ¡Yo he visto a un tío querer parar un autobús con la cabeza!... sí, por haberse tomado dos ácidos sin saberlo. Meterle a un tío dos ácidos en el café y, al tío, explotarle el cerebro: coño, querer parar un autobús con la cabeza: venir el autobús, salir corriendo y tirarse de cabeza al autobús, embestirlo, como si fuera un toro.

INDICE

Prólogo	5
Infancia y juventud	13
Africa. La Legión	28
Barcelona, años sesenta	78
Suecia y Holanda	100
Retorno a Barcelona	138

